

Las cartas que no llegaron

Mauricio Rosencof

Las cartas que no llegaron

ALFAGUARA



2000, Mauricio Rosencof

De esta edición:

2000, Ediciones Santillana, SA

Constitución 1889. 11800 Montevideo

Teléfono 4027342

Fax 4015186

Internet: <http://www.santillana.com.uy>

Correo electrónico: edicion@santillana.com.uy

- Grupo Santillana de Ediciones, SA (Alfaguara)
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid, España.
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, SA
Beazley 3860. 1437 Buenos Aires, Argentina.
- Santillana de Ediciones SA
Av. Arce 2333, La Paz, Bolivia.
- Aguilar Chilena de Ediciones, Ltda.
Dr. Arizta 1444, Providencia, Santiago de Chile, Chile.
- Santillana, SA
Río de Janeiro 1218, Asunción, Paraguay.
- Santillana, SA
Av. San Felipe 731, Jesús María, Urna, Perú,

ISBN: 9974-653-70-3

Hecho el depósito que indica la ley.

Diseño;

Proyecto de Enríe Sainé

Tapa: Mure Chagall, *La mujer de la cara azul*.

Impreso en Uruguay. Printed in Uruguay.

DobleEmme - Producción en Artes Gráficas

Juan C. Gómez 1420 - Of. 7 - Paseo de la Matriz

Telefax:(5982)9154426

C.P. 11000 - Montevideo - Uruguay

e-mail mm@netgate.com.uy

Primera edición: Mano de 2000. 1500 ejemplares

Segunda edición: Junio de 2000. 1000 ejemplares

Tercera edición: Julio de 2000. 1000 ejemplares

Cuarta edición: Setiembre de 2000. 2000 ejemplares

Quinta edición: Noviembre de 2000. 2000 ejemplares

Sexta edición: Marzo de 2001. 1000 ejemplares

Séptima edición: Julio de 2001, 1000 ejemplares

Comisión del Papel. Edición amparada al decreto 218/96.

D.L 318.799/2001.

*Estas palabras son para tu naciente memoria, Inés,
eslaboncito último rielado de sonrisas,
hijita de la hija y de todas estas sangres.*
EL ABUELO

I. Días de barrio y guerra

No puedo precisar con exactitud qué día conocí a mis padres y si pude — al menos— darme cuenta, en ese momento, de la significación que tal acontecimiento iba a tener en mi vida.

Pero recuerdo —eso sí— que cuando vi a mamá por primera vez, mamá estaba en el patio. El patio era un espacio enorme que con los años se fue encogiendo. Pero entonces era igualito a la selva de Tarzán, porque mi mamá tenía muchas plantas. Era abierto, sin claraboya, y estaba atravesado a lo largo por una cuerda donde todo el que quería colgaba la ropa mojada, que se llueve. La ropa mojada es, como todos saben, lo que hace llover.

En ese patio, un día, mi mamá encendió un brasero a carbón, donde iba a cocinar un trozo de hígado que los carniceros regalaban a los que tenían gato. Nosotros teníamos. Se llamaba Miska y era igualita a un tigre. Mamá cocinaba para Miska, pero comíamos todos.

De mi papá lo primero que conocí fueron los ojos. Unos ojos claros, transparentes, picaros, buenos, traviesos, que siempre se estaban riendo. Mi papá tenía los mejores ojos del mundo.

Y además de todo eso, yo también tenía un hermano grande, que era el que me defendía cuando nos atacaba el enemigo. Me defendió toda la vida, hasta que se murió.

A él lo habían traído de Polonia hace mucho, y ahora tenía como diez años. Se murió cuando tenía dieciséis, y mi mamá se pegaba en la cabeza.

Después estaba el cartero, pero yo no me acuerdo.

Un día vino papá con traje y todo, azul me parece, y muy contento, con algo muy grande, como un cajón, envuelto en diarios y que tenía botones. Lo puso en la mesa de coser y me miró, y lo primero que me dijo fue «eso no se toca». Entonces la prendió y era una radio.

Mamá, antes, la escuchaba en lo de doña Catalina, que ya tenía. Era para oír las comedias.

Pero después servía para escuchar la guerra.

Era una guerra que había en España y nosotros íbamos a un Comité donde mamá tejía calcetines de lana y papá hablaba. Todos hablaban y hablaban en yiddish, y yo no entendía nada. Entonces nos íbamos a la vereda a juntar cajas de cigarrillos vacías para sacarles el plomo. Hacíamos una pelota con el papel de plomo y con eso en España hacían balas. Para la guerra.

Pero no era para la guerra. Era para la Brigada, que es para la guerra. Acá también hay Brigada. Pero papel de plomo no precisan. Yo sé porque los domingos venden diarios. También venden unos cartones que tienen un dibujo con un señor que te apunta con un dedo, así, y te pregunta: «¿Qué haces tú por España?». Eso dicen, y se llaman «Bonos».

Después de la guerra con España vino otra. El que no vino más fue el cartero. Bueno, venir, venía. Pero lo que yo quiero decir es que a casa no venía. Papá lo esperaba en el balcón. Mi papá cosía en la pieza, y a cada rato se iba para el balcón y miraba para afuera. Y cuando el cartero pasaba —el cartero pasaba pero no venía—, mi papá le preguntaba: «¿Y?». Y el cartero ya sabía lo que le preguntaba y le decía: «Nada, don Isaac». Y no le daba nada.

Entonces mi papá, los domingos, que es el día que se leen las cartas, nos

leía las cartas de antes, pero tenía los ojos así, y no se reía.

Las cartas que esperaba mi papá no llegaron nunca.

Querido Isaac:

La segunda semana de julio se instaló la Comandancia de la Gestapo; y al tercer día sacaron grandes afiches que decían que todo judío y descendiente de judío hasta la quinta generación, niños, jóvenes, adultos y viejos, debían usar, en el brazo izquierdo, un brazalete blanco con una estrella azul, y debían caminar debajo de la vereda. Irene no lo hizo y la golpearon. Luego le dieron un cepillo de dientes y un balde con jabón, y la obligaron a lavar la vereda con el cepillo de dientes, y la gente se paraba, y le decían cosas y se reían.

Ahora todos nos preparamos para entrar en el gueto. Algunos vecinos, ¿sabes?, vienen a preguntarnos cuándo nos marchamos, para poder ocupar, cuanto antes, nuestra casa. Samuel dice que vio, en un cinematógrafo de Varsovia, una película que se llama *El Führer construye una ciudad para los judíos*. Dice que es en Teresienstadt, y que se ve a nuestros ancianos tornando té y jugando al dominó: hay fábricas y calles, tranvías. Es una ciudad. Samuel dice que allí nadie usa la estrella de David, y que caminan por las veredas como todo el mundo. ¿Sabes tú dónde queda Teresienstadt?

En la cocina entrábamos muy justos. León y yo nos sentábamos en un banco de madera largo, que traían del patio para eso, para que nos sentáramos. Cuando estaba en el patio, mamá le ponía arriba una enorme palangana de latón —así le llamaba, «el latón»— y ahí lavaba la ropa.

Cuando la comida estaba pronta, mamá gritaba: «¡Itchrrook!». Le gritaba a papá. Si a papá no le gritaban, no salía del taller. Para que saliera, mamá le gritaba. Entonces traía su sonrisa y se sentaba a la mesa.

Pero mi papá no se llamaba «¡Itchrroold». Se llamaba Isaac. Y yo me llamaba «Moishe». Así me decía mi mamá. «Moishe». «Moishe, ¿qué haces ahí?». Como Miska. Miska se llamaba así. Miska. «Miska, ¿qué haces ahí?».

Los domingos, siempre, toda la vida, había puchero de gallina. Había un hombre con rulos, con un sombrero bien negro como el del Zorro, que venía con un estuchecito chiquito, y se llevaba la gallina al escusado y ahí la mataba por el pescuezo. Mamá calentaba agua y la pelaba. Papá le pagaba al hombre y le daba una copita de algo. Entonces se iba. Ahora, el sombrero, nunca se lo sacaba. Como el Zorro.

El puchero era grandísimo, pero yo me quería ir enseguida, porque el Fito ya estaba en la calle y porque no entendía nada cuando papá leía las cartas en voz alta. Mi hermano sí que entendía. Él entendía todo. También cuando de noche nos dejaban ir a los dos a la cama grande, y papá cruzaba las piernas en la cama, todos en calzoncillos, para leernos los cuentos de Moisés y el mar, que tampoco entendía pero tenían fotografías —Moisés tenía una barba así—, y León explicaba lo que decía, porque León era el que sabía. Él aprendía de sastre con papá y era el que hacía los mandados para aprender el idioma de acá. «Esto es azúcar, Rusito, y eso sal», le decían en el almacén. Y él, León, después le contaba a mamá. «Esto es azúcar, mamá, y esto sal». La mamá de León es mi mamá.

Dice mi papá que la Biblia es una cosa seria. Que por eso no tiene chistes y

yo me aburro. Porque mi papá lee y lee, y yo nunca me río, como con Chaplin.

Hay muchas enfermedades en el gueto, Isaac. También hay hambre, ¿sabes? Y no hay nadie que nos quiera ayudar, o esconder, y ya comienzan las deportaciones.

Los alemanes hacen correr la voz de que nos llevan a campos de trabajo, para fundar colonias, pero que ya hay hasta duchas, fíjate. Eso dicen. Pero que son, por el momento, colectivas, eso sí. Pero duchas y guarderías para los niños, como las que Samuel vio en la película.

En el gueto apenas si tenemos ocasión de lavarnos y se tiene mucho miedo a las epidemias. Pero ya han anunciado la reserva y venta de pasajes, así que ya ves. Es» dice el comunicado.

«Para el transporte que saldrá el martes próximo, cada viajero podrá obtener, a su debido tiempo, antes de la salida de tren, un billete con asiento reservado.

Se tendrá el cuidado de que los esposos con o sin hijos puedan viajar en familia Para todas las personas que quieran formar además, un grupo de viaje, existe la posibilidad de hacerlo a través de la reservación de asientos.

Los billetes de asiento reservado son personales y no transferibles a otras personas».

Ya tenemos nuestros asientos, Isaac gracias a Dios. Nos vamos. Mejor que acá vamos a estar en cualquier parte. Tal vez. quién sabe, nos lleven a Teresienstadt. El barquito que nos dibujó Leibus es muy gracioso. Y Moises, ¿no dibuja?

Adentro de mi casa vivíamos muchos, pero nosotros éramos los que teníamos más, porque teníamos dos cuartos.

Uno para dormir y el otro con un balcón para ver pasar los tranvías sin que nos vieran, porque con el Fito les tirábamos piedras. En ese cuarto había una máquina grandísima que se llamaba Singer, y a la que papá le daba pedal y andaba ligerísimo. Los tranvías son una cosa espantosa porque se llevan a la gente y no se sabe dónde, no los ves más, pero al motorman sí que lo ves, a ese sí. Y entonces con el Fito le tiramos piedras.

En el cuarto donde dormíamos era donde nos bañábamos. Mamá ponía unos diarios en el piso y traía el latón. Pero no lo ponía arriba del banco de la cocina, como para la ropa. No. Lo ponía en el suelo, arriba de los diarios. Entonces traía la olla grande del puchero de gallina, pero con agua caliente, que era para los dos, para León y para mí. Yo era el primero que me bañaba. Después mi hermano. Yo meaba adentro del latón y mi hermano se enojaba. «¡Yo en eso no me baño!», gritaba. Y mamá le decía: «¿No ves que es muy chico?». Y si León se enojaba otro poco más, le decía: «¿No ves que es tu misma sangre?». «Pero el pichí, no», decía León. «¿Por qué no te callas?», decía mamá.

Mi mamá, cuando habla, siempre te pregunta. «¿Por qué no comes?». «¿Eso se hace?». «¿Por qué no vienes?». Mi mamá dice que pregunta porque quiere saber. «¿Y por qué no voy a preguntar?», dice.

El cartero tiene un traje como los motorman del tranvía, pero el Fito y yo no le tiramos piedras. Él viene y se va. Nunca se queda. Y mi papá le dice: «¿No quiere una copita?». «Hoy no, don Isaac, ando un poco atrasado». Cuando toma

una copita, entra al patio pero no se sienta. Se quita la gorra. Mi papá tiene muchas copitas, porque en una damajuana que tiene puso guindas y de allí salen cualquier cantidad de copitas. Mi papá le da copitas al cartero para que el cartero le traiga muchas cartas. Yo sé.

La damajuana de mi papá se quedó sin copitas y adentro quedaron cualquier cantidad de guindas. El Fito y yo las pinchamos con una aguja de tejer de mi mamá, y las sacamos de a una y a veces dos y una vez tres, para comerlas, y nos reímos y nos reímos, y mi hermano que grita y grita:

«¡Mamá, mamá, están borrachos, están borrachos!».

La mamá de mi hermano es mi mamá pero no es la mamá de Fito. Fito tiene otra.

En la cocina, las cartas las lee papá. Las cartas se leen en la cocina. Y siempre las lee mi papá porque mi mamá no sabe. Pero las oye. Mamá oye las cartas que lee mi papá y a veces hace así con la cabeza. «¿Y de mamá no dice nada?». Mi mamá dice que ella también tiene una mamá. León dice que sí, que él la vio, y que por eso pregunta: «¿Y de mamá no dice nada?».

Estamos llegando, Isaac. Gracias a Dios. Y te vas a reír, pero pienso en la película que vi en Varsovia y me pregunto si para nosotros también habrá un vaso de té caliente.

Por las rendijas del vagón hemos visto un nombre: Treblinka. El tren aminora la marcha. Es un alivio saber que estamos llegando, que en instantes se abrirán las puertas y entrará una bocanada de aire. Aquí se respira como un caldo espeso, agrio, agrio de excrementos y cuerpos sucios. Hace días — ¿cuántos?— que vivimos en la penumbra. Irene me dice que tiene hambre. ¿Quién no? Sara no viene con nosotros, mamá tampoco. Creo que las han destinado a otro tren. Espero que no nos separen. El tren se detiene. Los vagones continúan cerrados. Desde las rendijas veo montículos formados por ropas. Es extraño. Y extraño si te dijera que lo que más anhelo en este instante —y no te rías— es mear a gusto, las caderas hacia delante, los brazos en jarras, y las manos apoyadas en la cintura. ¿Conoces mejor manera de mear, Isaac?

Se abren las puertas estrepitosamente, con gritos de «¡fuera, fuera!», y unos hombres con trajes rayados y brazaletes con la estrella de David suben y nos empujan, murmurando muy bajito palabras incomprensibles:

—Ninguna mujer joven baje con bebés en brazos.

—Las embarazadas traten de esconderse.

Y sin dejar de gritar:

—¡Fuera, fuera! ¡Los equipajes quedan en los vagones, nadie baje nada! — y empujan y empujan y murmuran:

—Que nadie se muestre enfermo.

—¡Vamos, vamos, más de prisa, más de prisa! —y nadie entiende nada y nunca oí una cosa igual.

De cualquier manera, en las valijas van pintados nuestros nombres. Ya las entregarán.

Ahora los gritos son ensordecedores. Los hombres de las SS pululan por el andén, acompañados de perros alsacianos salvajes. Las familias son separadas, los padres gritan buscando a sus hijos, la luz, después de tantos días, nos

enceguece, las madres reclaman a sus hijos.

—¡Jaime, Jaime!

—¡Ruth! ¡Dónde está Ruth! ¡Dónde te llevan, Ruth!

—Abraham, Abraham, ¡ven aquí! ¿No oyes? ¿Estás sordo?

—¡Jaime! ¡Te estoy llamando!

Y la guardia que vocifera y nadie sabe dónde está parado cuando ordenan desvestirse.

Treblinka, Isaac, es una estación de ferrocarril. Tiene varias construcciones de madera, algo que parece una cocina, talleres. También se ve una amplia explanada donde se recolecta ropa, zapatos, ropa interior, ropa de cama y muchas otras cosas, brochas de afeitarse, en fin. Hay cientos de hombres clasificando las cosas.

Frente al andén, las barracas. Y un camino orillado de plantas y hasta alguna flor, como un sendero de jardín, que muere en lo que parece ser una fábrica.

Y a todo esto, Isaac, yo estoy desnudo, cagado de frío, y todavía sin mear.

El mundo es una cosa que no sé muy bien. El Fito dice que tiene un primo en Buenos Aires que se llama Pascualito, y que Buenos Aires tiene una luz como colorada. Nosotros hay veces que la vemos. Vemos en el cielo, para el lado de allá, la luz colorada que es Buenos Aires. No es como una lamparita. No. Es como una nube. La vemos de noche. Buenos Aires es una nube colorada donde vive Pascualito. Mi hermano dice que eso que nosotros decimos no es. Que esa nube es de un tablado que hay como a tres cuerdas para ese lado. Mi hermano dice que una noche de estas nos va a llevar a Fito y a mí, caminando, «para que vean». Buenos Aires es un tablado.

Mi mamá tiene una pila de fotos así de grandes adentro de una caja de zapatos. Las cajas son para guardar cosas. En las cajas hay de todo. Y mi mamá, en la caja de zapatos tiene a las hermanas de ella, a la mámele, que es la mamá de ella, de mi mamá; y mi mamá me llama, y con un dedo dice: «Esta es Irene y esta Anna, que tiene dos niños» —pero que en la foto no hay nadie—, «y que son como vos»; y «¿por qué no vienen?»; y mi mamá, «¿y cómo van a venir?». Porque están en Polonia, que tiene un color que no sé qué es. Y mi mamá, con el dedo así, dice: «¿Y ella cómo se llama?»; y yo digo: «Irene», y «Anna», y «Rosa», y a veces no sé, porque son una cantidad.

Yo le pregunté a mi papá de qué color es Polonia. Papá me dice que él es de Polonia, pero que de un pueblito y que mamá también. Que allí plantan y esas cosas y hacen pepinos salados. Que una vez fue a la guerra, una guerra muy vieja, y que una rata le comió el pan, y él mató a la rata y le sacó el pan porque el pan era de él, de él, de mi papá. Que todos se creían que estaba muerto y que mi mamá también, porque cuando no hubo más guerra él no volvió. Pero que volvió. Volvió y pasó por el taller del hermano de él, que era sastre, y papá tenía un traje como de cartero pero no de cartero, y que estaba todo roto y con barba, y el hermano le dio una limosna porque mi papá estaba muerto y no podía venir. Pero al final mi papá le dijo: «Leibu, Leibu, soy yo, soy yo, Isaac», y él entonces lo abrazó y lloraron todos.

Leibu se llama como mi hermano, que se llama León. Pero el hermano de

papá se llama igual, pero en polaco.

Ahora, de qué color es Polonia, no sé.

Acá se entra por un portón de hierro forjado, donde se lee, también forjado: «El trabajo te hace libre». Ruth —cuándo no— nos comenta: «Dios me libre del trabajo», y casi casi nos reímos, y no se puede, así que la miramos y le murmuro: «¿No ves que estamos en fila?».

No lo podrás creer, Isaac, pero nos reciben con música; están sobre un tablado y otra vez la de siempre, pero muy seria: «Los trajes no son muy elegantes, pero la música suena bien».

Dondequiera que miremos, vemos alambrados. A mamá la han subido a un camión y se le ha caído su sombrero de paño. Pobre mamá. ¿Sabes algo de Irene? ¿Y de Samuel? Acá se ven muchachas en harapos, sucias, con los vestidos descuidados, deshechos y todas rapadas. Están como idas, locas tal vez. Parecen jugar a algo, como a la ronda o a la rueda-rueda.

A lo lejos, infinitamente lejos, en la cresta de una colina, se ven casitas de campesinos, con laderas geoméricamente sembradas, en ocres y verdes. Es como contemplar una postal, o un dibujito escolar del humo saliendo por la chimenea.

Dios mío, entre tanta gente, ¿dónde vamos a encontrar a mamá?

Mi papá escribe. Cuando mi papá escribe es de noche, porque de día cose y da pedal y le da y le da y la máquina —tiqui ti-qui tiqui— cose. Mi papá escribe cartas por la noche, pero a veces. Entonces apaga la radio y mi mamá le hace té y él revuelve el vaso con una cucharita y cuando para de dar vueltas con la cucharita, entonces escribe. Tiene un tintero que es muy chiquito y plumas como de plata, que clava en un palito que él dice que es «lapicera». Entonces saca el taponcito del tintero y moja y escribe. A veces para y le da vueltas a la cucharita. Cuando mi papá escribe, mi hermano y yo no nos podemos pelear ni gritar ni nada. Cuando mi papá escribe no hay que hacer ruido. La hoja se la da mi hermano de un cuaderno que tiene de la escuela. Mi hermano va a la escuela de noche y las hojas que le da a mi papá tienen rayas y las letras las pone arriba de las rayas para que no se caigan. Eso dice León, que sabe todo. Mi papá le escribe a la mamá de él y a los hermanos. También le escribe a los papas de mi mamá. Mi mamá no sabe escribir pero ella no deja que digan. Una vez mi hermano escribió un pedacito en la hoja de papá. Yo no. Yo no sé escribir. Fito tampoco sabe. Como mi mamá. Yo lo que sí sé es dibujar. En la carta de mi papá yo hice un barco. Como el que tenía mi hermano para venir. Ahora, si mi papá no le da vueltas a la cucharita, se agarra la cabeza con la mano, así. «Eso es para pensar», dice. Y mi mamá lo rezonga: «¿Por qué no tomas el té?, ¿no ves que se enfría?».

Vienen a contarnos. Con ellos, una hermosa rubia de uniforme, Grete. Se llama Grete y tiene dientes perfectos.

Nos componemos lo mejor posible, bien erguidas. Estamos inquietas. Grete saca de las filas a algunas chicas y las hace parar aparte. Han sido separadas, ¿entiendes?, separadas por su delgadez y tristeza; y yo estoy muy flaca, Isaac, y tengo miedo.

Nos ordenan, a todas las demás, que tenemos que rodearlas para que no se

escapen. Si alguna logra fugarse, iré todo el bloque y tengo miedo. Entonces hacemos una ronda, tomadas de la mano, caminando hacia uno y otro lado.

Y estamos como idas, locas tal vez, en harapos, sucias, con los vestidos descuidados, deshechos, y todas rapadas, en esta danza de la que escapo, y me fugo hacia la placita de nuestra calle, donde tomadas de la mano con Irene y Sara y todas las chicas reíamos y reíamos sin saber de qué, hasta que fatigadas de risa, se detenía la rueda-rueda, como ahora, porque las vienen a llevar y tengo miedo.

Una vez fui a un lugar. Fito no. Era un lugar como en la calle de mi casa pero en la esquina, pero en otro lugar. Ahí había un cañón pero amarillo, que tenía una ventanita con una tapa. «Por ahí», dijo mi hermano. «Tenes que poner por ahí, dale», dijo. «No tengas miedo, no muerde». Entonces me dio la carta que le dio mi papá, que afuera le había pegado una figurita, y yo la tiré para adentro del cañón y no tuve ni así de miedo, ni un cachito, y le di la mano a mi hermano y así volvimos. A mí me gusta ir de la mano con mi hermano. Ahora tiene pantalón largo. Ahora, digo yo, el cañón, ¿dónde manda la carta? Fito dice que no es un cañón. Y si no es un cañón, ¿qué es? ¿Eh? «Un sumarino», dice. «Es un sumarino».

Una noche, ¿sabes?, una muchacha de nuestra barraca empezó a dar gritos terribles mientras dormía; unos minutos después, todas estábamos gritando sin saber por qué. ¿Por qué?

Pienso que ese sonido lastimoso que, en ocasiones —sólo Dios sabe cómo— cruza los aires como un pájaro sin cuerpo, es una expresión reconcentrada del último vestigio de la dignidad humana.

Es la forma, tal vez la única, que tiene un hombre de dejar una huella, de decir a los demás cómo vivió y murió. Con sus gritos hace valer su derecho a la vida, envía un mensaje al mundo exterior pidiendo ayuda y exigiendo resistencia. Si ya no queda nada, uno debe gritar.

El silencio es el verdadero crimen de lesa humanidad. Y Ruth, «la que nos hace reír» (porque ella siempre dice algo que nos hace reír), dice que cuando gritamos teñemos que decir «gol». Que da lo mismo y no cuesta nada, y reírse un poquito del dolor hace al dolor un poco más pequeño. «¡Gooolll!». Así.

Cuando era pequeña, Isaac, me preguntaba dónde iban los sueños. Tú sueñas, y el sueño es como el agua. ¿Dónde va toda esa agua? ¿A los mares? Y luego, ¿serán nubes? Los sueños, entonces, regresan con las lluvias.

¿Y los gritos? Hoy me pregunto, los gritos, ¿dónde van? No pueden, no deben perderse. No es posible que se pierdan, no pueden deshacerse en la nada, no pueden morir en nada, morir para nada, para algo se han creado, para algo se han gritado, Isaac, el grito no muere, no puede morir. No muere. Nosotros sí que morimos, cada amanecer, en cada selección de Grete, en cada tren que llega. Pero nuestros gritos no, el grito no.

Quiera Dios que nuestros gritos se escondan bajo las almohadas de los que no saben, de los que saben y callan, de los que no quieren saber.

Acá a la vuelta hay un biógrafo, pero no es un biógrafo. Es un sótano donde hay zapatos. El que arregla los zapatos es don Evelio, y él tiene un biógrafo. Los domingos pone los zapatos contra la pared y una sábana que se

llama telón, y nos pasa de Chaplin. Fito y yo nos sentamos bien adelante, porque somos chicos. Don Evelio me dijo que los tíos de España se fueron para otra guerra, porque ahí ya perdimos. Pero que igual hay que juntar muchas cajas de cigarrillos. Por el plomo. Mi papá habla con don Evelio en el Comité y mueven mucho los brazos porque don Evelio no habla yiddish. A mí las de Chaplin me gustan. A Fito también. Ayer, Chaplin agarró una flor del piso, pero que no era una flor. No era nada. Pero era una flor porque se la puso en la nariz y la olió, así.

Después se la comió y nos reímos todos.

El biógrafo de don Evelio cuesta un vintén. Pero si no tenes un vintén, igual te deja. Don Evelio dice que eso es porque es socialismo.

En el fondo del patio había una escalera de fierro que iba hasta el altillo de Ramón. Ramón se llamaba Ramón Lezcano y hacía casas. Pero los domingos no. Los domingos hacía puchero. Ponía afuera un brasero como el de mamá para el hígado de Miska que comemos todos pero que mamá no quiere que diga, y en una ollita ponía carne, chorizo, papa, zapallo, que no me gusta ni así, boniato, de todo, y me convidaba.

Él me dijo una palabra una vez que me acordé toda la vida.

Yo me había partido la cabeza contra una columna del tranvía cuando nos corrió, al Fito y a mí, el de un puestito de verdura que había en la vereda pero para el otro lado. Para el lado de acá estaba el puestito de la mamá de Fito, doña Catalina, que nosotros teníamos que defender. Entonces nosotros íbamos al otro puestito que estaba para el otro lado, y apuntando con un dedo, así, le gritábamos: «¡Ruso!, ¡Ruso!». Entonces nos corrió y yo me reventé la cabeza contra una columna del tranvía, que son durísimas, y mamá hizo ir al puestero a mi casa, para que me viera acostado y todo roto, y mamá le decía: «¿Eso se hace? A un niño, ¿eso se hace?».

Y yo tenía miedo y abría los ojos, hasta que se fue y mamá me cambió el paño de la cabeza, que tenía un vinagre feísimo. Yo estaba en la cama grande, que era blanquísima y tenía un edredón blanquísimo que se hundía todo y que mamá había traído de Polonia.

Entonces, cuando Ramón volvió de la obra, me vino a visitar. El era muy flaco pero duro y cuando estaba quieto no se movía nada. A mí me parecía que estaba lleno de cal por fuera, como el dulce de zapallo que hacía mamá con una cal que mi hermano y yo íbamos a buscar a una calera que estaba lejísimo, como a tres cuerdas. Entonces Ramón me mira y sonrío, pero muy serio. Y va y me dice:

—¡Estás hecho un burgués!

«Burgués». Así me dijo. «Burgués».

Los días se van haciendo cada vez más fríos; caen las hojas de los árboles. Las puntas de los senos me empiezan a sangrar de tanto frío, ya no tenemos ropa interior. Cortamos un pedazo del vestido —ya bastante corto— y nos fabricamos un corpiño. «Christian Dior», dice Ruth. Con el tiempo se llena de piojos, y es que con la primera helada se han roto los caños y no tenemos dónde lavarnos. Estamos cada día más sucias, más flacas, y con el cabello rapado, sentimos mucho frío en la cabeza. «Imaginate qué ajuar para una noche de

bodas», dice Ruth, «la que nos hace reír». Así le decimos, ¿sabes?, «la que nos hace reír». Cuando nos sirven el cucharón de sopa diario, ella dice: «Consomé, chicas. Hoy, consomé». Es muy graciosa.

Mi papá escribe cosas de acá para allá y no se entiende nada porque escribe palitos. León dice que no son palitos, que arriba del todo, los palitos dicen «mámele», que es mamá. Y papá tiene una mamá a la que le dice «mámele». Yo nunca la vi. Bueno, la vi. Papá le hizo una foto. Mámele es muy seria pero como que se ríe. León dice que sí, que se ríe, que a él le hacía bizcochitos de miel y cosas ricas y que una vez lo llevó para que viera cómo nacía una oveja. «¿Es tu mámele?», le dije. Y él que no, «que mi mámele es mamá, tonto, y la mámele de papá es mi búbele, ¿entendés?, y la búbele es también tu búbele, así que vos tenes dos búbeles, como yo, la mámele de papá y la mámele de mamá».

«Yo entiendo todo», le dije, porque yo entiendo todo. No soy ningún tonto. Mi hermano se rió y me dijo: «Vení, te voy a enseñar las fotos».

Ahora ya sé. Las búbeles son las mámeles que están en una foto.

Grete nos ha distribuido hoy un trozo de jabón. Te parecerá tonto, pero nos llenó de ilusión. Tal vez nos den más cosas, una papa, no sé. Calcetines. Siento la piel suave del jabón en mi mano y sonrío un poquito. Pienso en una ducha, agua caliente que corre y corre sobre tus hombros, toallas, ropa limpia. Grete se va. Tiene, a la vez, un andar marcial y femenino, elegante. Nos da un poquito de envidia.

Cuando aproximamos el jabón hasta nuestras narices para respirarlo, vemos la inscripción. El desconcierto es tan grande que nadie articula una palabra, ni aun un gemido. Solo lloramos, Isaac, suavemente, en silencio, porque todo lo que nos queda en este instante son las lágrimas, que ruedan lentas como un cortejo, incesantes, mientras enterramos el jabón murmurando «*Kadisch*».

El barrio era grandísimo. Tenía una cuadra que iba desde una esquina hasta la otra y que pasa por la puerta de mi casa, que era Gonzalo Ramírez 1395. Para el lado de adentro vivíamos todos. Y la cuadra doblaba hacia la izquierda y podíamos ir hasta la farmacia, que era otra esquina: «Farmacia Panizzolo». «De Anita Panizzolo». Por eso la farmacia se llama así, como ella, y una vez que una puerta de la puerta de mi casa se cerró y me rompió todos los dedos y yo lloraba y lloraba y mi mamá me llevó a la señora de la farmacia, ella me curó y mi mamá me dijo: «¿Por qué no tienes más cuidado?».

Para ir hasta la farmacia, por el camino había de todo. Estaba el biógrafo de don Evelio, que usaba delantal como mi mamá pero de cuero, y que en el sótano tenía una cortina que atrás —yo ví— tenía una cama. Él duerme ahí. Yo sé. Después estaba el del carbón que adentro de la casa tenía una montaña de carbón y que daba mucho miedo porque el Fito dice que el Infierno es igual, todo de carbón y te cocinan; y estaba el Lalo, que es como bobo y te corre y que mi mamá decía: «¿No ves que es enfermo?». Porque era enfermo y nos corría porque era loco. Pero con el Fito íbamos como si nada. Y esa calle se llamaba Santiago de Chile, que tenía otra esquina que si doblabas ya era otra calle y podías ir al rancho de La Cumparsita, donde había borrachos.

Esa calle no se llamaba como la otra. No. Se llamaba Francisco Reduello. Y

todo el barrio, que tenía mar y todo, se llamaba Palermo.

Al mar que teníamos nosotros, dicen, yo no sé, que a veces iba Tarzán.

Y ahora les voy a contar lo que había para adentro y para afuera de mi casa.

En un cuartito chiquito vivía Vasily Mijailchuck, que era hermano de barco de mi papá. Dice mi papá que los hermanos de barco son los que viajan juntos en el barco que viene al Uruguay. Pero que acá todos pagan el alquiler y él no paga. Vasily Mijailchuck no paga el alquiler porque él tenía que hacer casas como Ramón pero no hace porque se toma el alcohol azul. Tenía una navaja para cortar el queso en cuadraditos y con la punta pinchaba uno y me daba. Después había más gente que no me acuerdo, pero que ya me voy a acordar.

Mi hermano y yo no somos hermanos de barco porque él vino antes.

Dentro del círculo que formamos en ronda hay otras muchachas, y giramos y giramos a su alrededor y cierro los ojos para no verlas, para no verla, Isaac, allí está Ruth. ¿Qué será de nosotros, Isaac? ¿Qué será?

Cuando íbamos al Comité, el Fito no venía. Con el Fito lloramos mucho porque a él lo iban a mandar a la Escuela Italiana y a mí no me dejaban. Mi papá decía que el papá de Fito era «italiano».

El papá de Fito tenía un bar junto al puestito de doña Catalina, que era su señora. En el bar de don Tomás había un sótano misterioso, con una tapa secreta, con una manija redonda, que era de plata. Cuando la abrían, doña Catalina ponía sillas y mesas para que Fito y yo no miráramos para adentro del «aujero», y si queríamos mirar, nos decía: «¡Pobre de ustedes!». Adentro del «aujero» había cosas de misterio, y don Tomás se reía en el mostrador y nos miraba y decía: «*Amici, amici, sonó amici*».

Doña Catalina sabía hacer tuco para los tallarines porque era italiana y le enseñó a mamá, que le enseñó a hacer torta de miel; y una vez doña Catalina llevó a mamá a su casa para ver una cosa y yo fui, y era que en el baño de la casa de ella habían puesto una cosa que se le ponía alcohol como el que tomaba Vasily Mijailchuck, y calentaban el agua para bañarse y no en la olla del puchero de gallina.

El primus de mi mamá sí que tiene de ese alcohol, que es azul, muy lindo.

Estas cartas nunca te van a llegar, Isaac. O te van a llegar cuando ya no estemos, y entonces será para nosotros una forma de estar.

Tal vez estas cartas las escriban otros. Que Moishe sepa que también son nuestras, para que sepa qué fue de sus tíos, de sus primos, de sus abuelos. Queremos formar parte de su memoria, Isaac.

Cada uno de nosotros es cada uno y todos los demás. También Moishe. Moishe es él y todos los demás. Moishe es su gato y sus padres. Es su hermano que va a morir y su amigo Fito. Moishe es también todos nosotros.

Así son las cosas.

La búbele de Fito se llama Nona. Él tampoco la ve, pero tiene una foto. Yo le pregunté a León si cuando a uno le hacen una foto duele mucho. Él dice que no y se ríe. Yo, cuando sea grande, me voy a hacer una foto.

Pienso en un vaso de té. Sueño con un vaso de té, caliente, humeante,

ambarino, que te entibia las manos y abriga tu vientre, sorbo a sorbo; es casi una obsesión, una alucinación, Isaac. ¿Existe realmente el té? En tanto, yo lo bebo, Isaac, no te creas. Porque la fantasía, ¿sabes?, es la única cualidad humana que no está sujeta a las miserias de la realidad. Como las cenizas, ¿comprendes? Porque han comenzado a acumularse grandes cantidades de cenizas.

Hay veces que el viento envuelve el Campo en una nube gris, negra. Respiramos cenizas, están en nuestros pulmones, en los poros.

Se abren las fosas de multitudes, se las riega con bencina, arden. Arden y arden. Entonces tienes más cenizas. Son como las montañas de carbón que asustan a Moishe.

Pero de ceniza.

José, el que vende carbón, es muy sucio. Su mujer también. Cuando mamá me manda a buscar carbón, yo no voy y va León, porque él no tiene miedo a nada. Fito y yo sí. Está muy oscuro.

A mí lo que me gusta es la herrería, pero mi mamá no me manda nunca. «¿Y para qué necesito yo una herrería?», me dice. Pero yo, con el Fito, voy igual. Ahí hay caballos, a los que les meten clavos en los pies pero no lloran. El herrero agarra al caballo por una pata y ahí le clava. Una vez nos dobló, al Fito y a mí, unos clavos, que quedaron redondos y son anillos. En la herrería hay olor a quemado porque a los caballos les queman los pies con un fierro que les ponen.

Mi papá dice que todos mis tíos están en la guerra. El Fito dice que los tíos de él, de Fito, también. Yo no sé.

Cuando uno está en un sitio pasan muchas cosas. Ahora, cuando está en otro, no sé. Si estoy con el Fito y otros más, pasa de todo. Jugamos al trompo, y hay uno que hace bailar el trompo en la mano y no le hace ningún aujero ni se le cae. Jugamos a la bolita y el Fito y yo sacamos unos bochones así, que nos dio don Tomás de las botellas de «graciosa» cuando se rompen. Las botellas de «graciosa» tienen bolitas, que son los bochones. Después hay muchas cosas más. Mostramos los anillos, yo qué sé. Cuando estamos ahí pasan muchas cosas.

Ahora, si estamos en otro lado cuando estamos ahí, no sé.

A lo mejor mamá nos dice: «¿Ya tomaron la leche?».

Han traído a nuestro campo a los prisioneros del Bloque 2, que conocemos a distancia, alambradas por medio. Son los que trabajan en las fábricas de municiones. Los llevan al alba, y es cuando los vemos. Ahora están acá para trabajar con los cadáveres.

En el Bloque 2 está el depósito de armas.

Y no te pienses que me olvido del terrón de azúcar. No. Lo muerdo —«lo muerdo», ¿entendés?— porque es como si lo tuviera. Lo muerdo y cruje antes de cada sorbo, Isaac. No hay como un buen vaso de té caliente. No señor.

Y los que trabajan con los cadáveres han logrado esconder varios galones de gasolina.

El tiempo, Isaac, se arrastra con irritante lentitud.

En mi barrio había muchas cosas que ya no hay, y si hay, no sé. Había unos caballos muy grandes, que se llaman percherones y que andaban de a dos y tenían las patas bien peludas. Empujaban un camión de barriles de cerveza;

los camiones de antes eran carros. Se paraban frente a la casa de Fito y allí, a los barriles, los bajaban rodando. ¡Hacían un ruido! El papá de Fito los ponía parados. El Fito y yo nos quedábamos en la vereda, esperando a que los caballos mearan. Los caballos meaban porque los barriles ya estaban llenos.

Y cuando el año se llenaba y venía otro, más vacío, vendían corderitos. Eran todos chiquitos y blancos y nunca bajaban la vereda porque no los dejaban. A Fito y a mí tampoco nos dejaban bajar.

También hay un señor que viene con una caja que le da manija y sale música. Tiene una cotorra verde. Mi hermano dice que es un ave. Yo no sé. Todos salen a la puerta para escuchar la música. Después le dan algo y el señor se va. Mamá dice que escuchar, escuchan todos, pero no salen porque hay que pagar. «¿Por qué no salen?», dice.

Y una vez vino otro señor con otra caja, pero no tenía música. Mi mamá y la mamá de Fito nos lavaron y nos peinaron y nos pusieron ropa limpia y nos pararon contra una pared y el señor después nos dio una foto, que no duele ni así.

Mi mamá tenía una caja grandísima de mimbre donde ponía la ropa sucia, y tenía una tapa que era igual y se cerraba y se pasaba un palo y no se podía abrir, y ahí jugábamos a las escondidas. El Fito se metió y yo pasé el palo y se me olvidó y no pudo salir nunca más, y mamá oía que gritaban y gritaban y lo encontró, y el Fito lloraba y lloraba y dijo que no venía nunca más, y entonces nos fuimos a la vereda para jugar con una pelota de trapo que me hizo León, y que adentro tiene diarios de mi papá y afuera una media que se le había rompido a doña Catalina.

Una vez León lloró. Lloró y lloró, y yo fui a ver y él, «ándate, ándate, no sabes nada». Y mi papá dijo: «Se terminó, se terminó todo». Y yo sé, yo sé. Lo que se terminó es la mámele de papá y la búbele y todo. Se terminó, y mamá que llora y llora y agarra a León y yo voy a buscar la caja de zapatos y se la doy a mamá, y León, «ándate, ándate, no sabes nada». Y mi papá, «anda a la calle, anda, anda a jugar con Fito, anda Moishale, vos tenes tiempo».

El Fito y yo tenemos mucha rabia porque hay uno que nos dijo que Tarzán no va a la playa que está aquí, en la calle que va para abajo y se acaba en el agua.

Pero mi hermano, que es el que sabe, dijo que sí, que Tarzán es del barrio.

Yo a mi hermano lo quiero más que a Miska, más que a todos.

A las cuatro y media de la tarde se escucharon dos disparos. Y de inmediato, un fuego majestuoso estalló sobre las cámaras de gas.

Dos de los SS que conducían las excavadoras yacen muertos. Tomamos sus fusiles. Los ucranianos se desconciertan, levantan las manos. Entonces nos lanzamos hacia las alambradas, gritando.

Gritando, simplemente gritando, modulando gritos, gritos, Isaac, solo gritos que rajan el aire, gritos que estallan en nuestras gargantas, liberando antes que nada, que nadie, el grito prohibido, reprimido, incinerado. El grito puro, el grito sin consonantes, ancestral, eterno.

Tan eterno como el silencio de los dioses, Isaac, el grito de los hombres.

La mamá de Fito lo lleva a la iglesia, pero él no quiere. Dice que el cura lo

mete adentro de un ropero y le pregunta todo lo que hizo de malo.

El cura le dijo que no hay que tirar piedras a los tranvías porque los trenes son para llevar gente. Yo le pregunté al Fito que cómo sabía el cura. Y el Fito me dijo que le dijo el cura que Dios ve todo.

«Dios ve todo», dijo. «¡Pah!», dijimos.

Entonces el Fito y yo nos quedamos así, como tristes, pero sin llorar.

II. La carta

Uno acá piensa, Viejo. Piensa y te piensa, y trata, con cuatro cosas, de armarte, de armar tu vida. Cómo eras, Viejo, cuando yo no estaba. Cómo era esa historia de que el abuelo, el padre de mamá, arrendaba un monte de guindos, que arrendaba porque tierra, lo que se dice tierra, no tenían, no podían tener, por pobres, Viejo, y por ley, decías. Porque la tierra solo podía ser del polaco y de Dios (¡mira qué SRL!), y que los judíos arrendaban o hacían zapatos, eran sastres; pero que había de todo. Mira Motke de Ganef, chorro, cafiolo; y mira Sholem Aleijhem, que era escritor; escribía y era judío; así que se podía ser zapatero, sastre y escritor, y cuando no se era nada, se arrendaba; porque eso sí, campesinos eran todos, de pueblito, con vaca y papas, todos campesinos: el zapatero, el sastre, el escritor, todos; y para la guerra, todos, también. Y cómo era aquello, que se me entrevera, de que mamá era una muchacha y se trepaba a un guindo para juntar los frutos y/o para comerlos, y que vos estabas abajo y le decías cosas y ella se reía; era una muchacha, papá, esa viejita tan, tan triste, que a veces me viene a ver para preguntar «¿comiste?», ¿era una muchacha que se reía entre las ramas de un guindo? Cómo pudo ser, cómo puede ser. Y la guerra, esa guerra y esos camaradas con los que en invierno se metían en esa casa de piedras calientes a sudar en pelotas, y se pegaban con ramas dando gritos y risotadas y después se sentaban frente a una escudilla de barro llena de vodka, supongo que berreta porque a vos de marca no te veo, Viejo, y ahí mojaban el pan negro que manducaban —¡mira qué alcohólicos anónimos!—; y vos eras ese, estabas ahí con todos los dientes; cómo eran tus dientes, no estos, que te hizo el mecánico dental que vivía frente a casa y a quien le canjeaste el teclado completo —que nunca te calzó bien—, por un traje cruzado con chaleco, que a él sí le calzaba bien, y se llamaba Federico Heller Ritter. En las fotos de antes nadie se ríe, papá, y esas que me mostrabas —que andarán por ahí en una caja de zapatos— eran serias todas: vos de militar, vos de sastre, vos de traje con amigos; serio, serio serio no, vos siempre serio y triste, tenes siempre como un poco de sonrisa, como esa que traes cuando venís y hablamos —poco, siempre es poco, el tiempo es poco— de esas tonterías caseras tan lindas y solo de eso, porque de más no se puede, esas de que a los canarios del jaulón les suspendiste la plantilla, que la vida está cara y no se poide, papá, pero que comen bien, que todos los días les cambias los diarios, la historia de los diarios del jaulón, eso de forrarles la tabla del piso con siete páginas, como las vacas gordas, como las vacas flacas del sueño del faraón José mediante, siete, como los demonios sumerios, como los enanitos de Blanca, siete, siete hojas que te cagaban a diario, y al alba sacabas una hoja y quedaban seis, limpias, prontas para ser cagadas, porque mira que cagan ese jilguero cabeza negra, y el gargantillo y el canariaje, ni te cuento —había uno de color zanahoria—; y el jaulón, papá, lo veo clarito el día que la señora de Cantonet te lo regaló, yo me acuerdo, era un botija... un poco más, más grande, mamá ya me había traído de Introzzi aquel pantalón azul largo que me daba vergüenza; a la señora de Cantonet la habían llevado presa, pobre, siempre la llevaban, y ella tiraba las cartas y curaba y regaba las plantas con agua bendita y vivía frente a casa y había un níspero grande, muy grande, lleno de nísperos y todo abichado, no lo curaba ni el agua bendita que ella decía que era del Jordán; y como cuando se

iba mamá le cuidaba la casa hasta que ella volviera, un día te regaló a vos el jaulón y a mí un reloj de oro —o como de oro— que me quedaba como los pantalones de Introzzi, y mamá que decía: «¿por qué no te lo pones?»; y anda a ponerte una cosa así, que la barra me tenía alquilado, era la joda, como ese otro trajecito azul de pantalón corto con el que iba los domingos al Metropol, hasta que un día, nunca más, y mamá fue a Introzzi.

Ahora yo, lo que se dice yo, estoy bien, Viejo. Bueno, bien... ¡Qué te voy a contar! Fijate que me acuerdo de la otra casa, la de Gonzalo Ramírez, cuando mamá se sentaba en el banquito chico que hizo Ramón con la madera que trajo de la obra, que era chiquito para tomar mate, que mamá tomaba dulce, y con el banquito chico tenía todo a mano: la caldera, el azucarero, todo, como una reina; bueno, ves, mamá estaba en ese banquito el domingo, pero no tomaba mate, lo que tenía era la olla grandísima y con agua caliente y un delantal que no era delantal, le decíamos el trapo, y ahí la gallina degollada religiosamente —era domingo—, y el agua caliente aflojaba las plumas, y mamá, con una mano agarraba la gallina —que era gorda, muy linda— y con la otra mano, a los tirones, arrancaba y arrancaba, y solo quedaba la cabeza tal cual, que cortaba para Miska, y las patas, también amarillas, de uñas negras; y la gata no dejaba títere con cabeza, ni gallina. Y lo que le dolería, pobre, imagínate, Viejo, lo que duele, papá, eso de que te vayan arrancando.

Y los cosacos eran como salvajes, me decías, y uno te corrió con el sable, y una mujer polaca te metió en la casa, y hacías un gesto de «me agarró así», y era como un abrazo, y te metió para adentro, y yo siempre me imaginé al cosaco del Don a caballo, y carabina a la espalda y sable en mano, que cuando la señora polaca te metió en la casa y cerró la puerta, justo cuando la cerró te tiraron el sablazo que se clavó en la puerta, y el cosaco gritó y desclavó y siguió de correría con otros que eran del Don y de Lenin, pero vos me decías que de Trotski, y eso fue del 18 al 19, polacos contra rusos, y te escondiste en un cañaveral —supongo que tenía maíces, o sería de alfalfa o trigo o qué sé yo—, y ahí estuviste echado, y la señora polaca te traía comida, escudilla de cuajada, pan negro, un nabo, y así días. Y qué hiciste con el fusil, y cómo era aquello de la trinchera, que cuando apareció un avión —que nunca habías visto un avión, y vinieron uno, dos o tres—, se tapaban la cabeza porque tiraban con una ametralladora, y ustedes tenían una ametralladora en la trinchera, pero se tapaban la cabeza; y nadie sabía para qué peleaban, pero que eran muchos países contra la revolución, y querían que los hirieran pero no mucho, para volver a la retaguardia, y hubo uno que cuando tiraba la ametralladora de ustedes, puso el dedo, y así volvió, y vos me decías que sastre no era porque era el dedo del dedal.

Cómo era, papá, la casa donde nació León; cómo era mamá y cómo eras vos, Viejo; que tomaban, guindado, vodka, qué; y si hubo fiesta y estaban tus papas y los de mamá y los tíos; qué comieron, fija que *guefilte fish* —me comería una bandeja, Viejo, de *guefilte fish* y de lo que venga, aunque acá no viene nada, Viejo, pero esa es otra historia—; si alguien tocó el violín y el acordeón, si bailaron, si vos bailabas ahí; mamá no, mamá estaba en cama con León al lado y lo miraba como miran las mamas a sus bebés, mamá miraba así, yo nunca lo vi,

sería así, Viejo, y le cantarían canciones de cuna en yiddish, ¿qué canciones?, ¿y a mí también?, no me acuerdo, no sé; cómo era la cama, fija que con el *ibebet*, el edredón de plumas que mamá se trajo en el barco, que te hundías y era lindísimo, que estaba en la cama grande y que no me dejaban zambullir en él porque se rompía.

Cuándo fue que León no se quiso llamar más León. Debió de ser que en la escuela de noche le dirían cosas, entonces él se puso Leonel, y yo también, pero mucho después, para que él siguiera estando cuando ya no estaba, como si yo hoy, mi Viejo, me pusiera Isaac.

Y lo del violín. Un día me compraste un violín, digo yo, porque cuando nació León hubo un violín, porque Tobías, el lechero, tocaba el violín; los judíos tocan el violín y no el piano porque se vive ligero de equipaje, si rajas del pogromo no cargas un piano, te subís al carro, y entre el jaulón de gallinas y el baúl de ropa de cama, desenfundas el violín y te tocas el *Eili Eili* o el *Hatickva*, que yo tocaba y ya ni me acuerdo, papá; y no se te ocurra mandarme el violín acá; vos no, pero mamá tiene esas cosas, me pregunta si veo tele, telegrafías, Viejo el resto es silencio; pero así y todo, a veces me paro en el centro de mis dos metros cuadrados y encajo el violín bajo la pera, lo sostengo, y mientras la mano izquierda ajusta las clavijas y afina, con la diestra —con el arco de cerdas blancas al que le vengo de dar una biaba de parafina, y con el pie izquierdo ligeramente avanzado— marco el compás, Viejo... pero lo que me sale es un tango, ¡quevachaché!

¿Tenías caballo, Viejo? No como el del cosaco, caballo nomás. Digo yo que sí. Y carro. Para rajarse del pogromo. Porque si no tenían carro ni caballo ni baúl para la ropa de cama, cómo puta ubico al del violín entre el jaulón de gallinas y el barrilito con pepinos en sal para el viaje, porque los rajos, la huida, la emigrada, son largos, Viejo. Entonces, pregunto: ¿cómo se llamaba el caballo?

Y estaba la radio. Eso no se toca. Estaba en el taller, y la hora polaco-israelita, y Jeibu Katz con «ojo o mucho ojo», y nunca supe por qué te gustaba Mercedes Simone, si entendías algo o la voz, ¡qué sé yo! Pero la radio era una y estaba en el taller mientras mamá cocinaba y lloraba, picaba las solapas y lloraba, abría la botinera y acariciaba los zapatos de León y lloraba; y a las nueve de la noche se apagaba todo y todos a la cama, y yo a la cama de León y en el cuarto de ustedes, porque el otro cuarto se alquilaba para pagar el alquiler; y ahí vivía Zulma, que hacía la calle y mamá no sabía, y vos no sabías, y se armó cuando a la salida del Estadio se sentaba en la puerta de casa, pintada y con cerveza, y llevaba amigos para la pieza, y mamá no quería; pero lo que yo te quiero decir es que a las nueve se apagaba todo; pero yo no, yo era un muchacho, papá, no me apagaba; ¿nunca lo hablaron?; no decían: «Moishe qué hace, pobre, a las nueve en la cama». Y te cuento porque acá son siempre las nueve, papá. Pero sin cama.

Los sábados por la noche las lunas llenas asomaban por toda la casa; eran finas, redondas, y se ponían a orear espolvoreadas con harina, y eran muchas para el domingo, cuando mamá las volvía un chorizo largo, y picaba y picaba como una máquina de coser y nacían los tallarines que alzaba con las dos manos, como para airearlos, desenredarlos, ofrendarlos a Jehová —que nunca

vino—, mientras en la ollita la carne mechada agotaba y agotaba chorros de agua caliente que mamá le agregaba a la salsa, y así tres, cuatro horas, para que papá comentara siempre: «se deshace en la boca», porque de otra manera, Viejo, con los de Fede-Heller Ritter no ibas muy lejos. Y aquello era vida, a las doce a la mesa y éramos tres la familia éramos tres tres tres tres en Polonia no había nadie tres León ya no estaba —Leonel— y se comía a las doce. Los tres.

Ahora no soy aquel, Viejo. Pero te tuve que contar de aquel para que supieras que el de ahora soy yo. Porque cuando te dieron la primera visita por lo de las denuncias, ¿te acordás?, para que vieras y vieran que yo era yo y estaba en pie y el teniente dijo «acá está su hijo, tiene diez minutos», y vos me miraste y lo miraste y dijiste «él no es mi hijo, ¿dónde está mi hijo?», y te hicieron sentar en la mesa frente a mí y te conté, me conté, te conté de los tallarines de mamá y de la cama de León y de toda la casa donde vivíamos y que yo era Moishe, papá, un poco cansado pero Moishe y que la gata se llamaba Miska y no te pregunté por el Fito porque después me iban a preguntar quién es ese Fito, de qué columna, pero te conté de mamá que ellos saben que es mamá y de los domingos de cementerio cuando tomábamos dos ómnibus para llegar a La Paz y no se hablaba nunca, nunca hablábamos papá y llegábamos y te ponías y me ponías un gorrito y llegábamos a la tumba de León y mamá gritaba y se pegaba la cabeza contra la lápida de granito y con los puños y vos callado llorando bajito como ahora papá que sabes que yo soy yo y terminaron los diez minutos.

Y yo me quedé con la cama de León, donde lo vi por última vez una mañana que me sacaron de casa, estaba arrolladito y de espalda, mirando la pared, con la fiebre de la meningitis que habían diagnosticado gripe. Y me quedó su cama, que tenía algo de bronce en el respaldo, donde dos ángeles de antimonio, de alas desplegadas y piernas largas como en salto de ballet, se daban la mano; ¿para qué?, digo yo. Para qué.

Era ruidosa, papá, el elástico metía bochinche, y uno a veces esperaba que pasara el 23 de ida y el 18 de vuelta para que el traqueteo del tranvía se confundiera con el de la paja. Porque mira que metían ruido, Viejo, cuando pasaban frente a casa y el motorman le daba pedal a la campana, porque ahí aceleraban.

Y uno ahí, en el cuarto de ustedes, porque en el otro estaba el taller, en otro Zulma y Mondiola en el altillo; y uno ahí, tanteando los pendejos para ver si habían salido más, y meta mano para ser hombre como los de la barra, y le daba y le daba y no largaba nada, un carajo, hasta la noche aquella en que te desperté o te despertó el traqueteo —que no pasaba por el 23—; y «¿eso se hace, eso se hace?», y mamá, pobre, al otro día hace la mudanza, reordena la pieza del probador, corren aquella ropería enorme, con vidrios y pura ropa, y entre la ropería y la pared tuve mi cuarto, papá, con vista a la Singer, tuve privacidad, Viejo, y ahí sí, meta y ponga hasta el juguito aquel que me entró a complicar porque manchaba y fue cuando introduje revistas y diarios viejos como receptorio del fluido. Eso sí que era vida, papá, no como acá, que no te autorizan la lectura.

El taller tenía un balcón, como de mármol blanco o de mármol blanco

nomás. Le faltaban dientes, creo que dos, y había alguno flojo, que yo lo tanteaba como jugando, y vos, Viejo, cuándo no, me tirabas la bronca: «Sí, sí, después vos lo vas a pagar». Era tu orgullo, y el de todos, el estilo de Miska, atigrada, sentada, de lo más señora, sobre la baranda blanca, esa sí, intacta, entera. Miska doblaba las manos delanteras y miraba para afuera, como una deidad egipcia. Y vos ahí, frente a la mesa, con esa plancha enorme con la que vi a León hacer gimnasia (se la ponía hasta en la nuca para muscular), y la cinta métrica colgada al cuello, soberbia, como insignia de Gran Maestro o Cardenal, comparación esta última que no te hubiera gustado mucho. Ahí estabas, sin asomar, sin ya esperar al cartero porque había dejado de existir en tu vida, en la vida, era para vos un oficio inútil, innecesario, al que ni se le saludaba o sí, pero poco, como si fuera cualquiera, cuando el «don Isaac» te sorprendió sin expectativa, indiferente; miraste hacia el balcón, y por el espacio donde al balcón le faltaban los dos paletos, Sacucho, que era cartero y del barrio, te extendía un sobre y: «Carta, don Isaac».

Mamá estaba en la cocina, rallando papas. Mamá, con las papas ralladas y cebolla, te podía hacer un faina en la «rasadera», como le decía, o *lactelej*, que, si no lo sabe, son buñuelitos chatos, fritos, de papa y cebolla, pero en yiddish. Mamá, tempranito, a la hora en que papá les cambiaba la lectura a los canarios, regaba las plantas, les hacía comentarios o se los hacía a sí misma como si hablara con las cretonas, les arrancaba alguna hoja seca. Cuando llovía, el patio, que era de claraboya, fija, fija no, era corrediza pero muy vieja y se había sellado, así que era cerrada, inamovible; entonces bien, cuando llovía el patio se alborotaba. No solo por las goteras que entraban por la masilla rajada y desprendida de los vidrios que cada tanto se reparaban, sino porque mamá arrastraba a papá al patio para que cargara, él, papá, porque mamá no podía, las latas y macetas de cuarenta plantas, y las depositara en la vereda, porque la Vieja tenía clarito que regar es una cosa y llover otra, y las plantas necesitan el agua de la lluvia, qué joder, hasta que recibieran la suficiente, y allá iba el Viejo otra vez, rapidito para no mojarse, a entrar el bosquecillo envasado que alegraba el patio en una casa donde las alegrías venían de los verdes y el jaulón. Y ahora mamá rallaba las papas. Casi hasta los dedos, sin rallar quedaba apenas un coquito de papa que iba a dar a no sé dónde pero nunca se tiraba, como los pensamientos de mamá mientras rallaba, que no abandonaba nunca pero nunca supe dónde iban. Digo que a León siempre, al guindo de la infancia, tal vez, y supongo que nunca a un vestido, a una fiesta; y entre unos y otros, a algún número que se le cruzaba o que retenía para que, cuando pasara el quinielero, buscara su fortuna en una redoblona. Y así estaba, rallando fino en el combo rallador de lata y los pensamientos idos, cuando pegó un respingo, alarmada, asustada, impactada, herida por el grito de «¡ROSA!» que desgarró el patio, sacudió las plantas, estremeció a los canarios. A papá le temblaba el labio inferior cuando, desde el taller, le mostró a mamá, sosteniéndolo casi con temor, un rectángulo de papel sellado, aún sin abrir, entero, vivo, lleno de vuelos, tal vez con halo; y su voz, la voz del Viejo que había gritado todo su mundo en el «Rosa», apenas pudo murmurar, desde el taller, a mamá con una papa en suspenso, un «carta..., vino carta».

¿Y por qué te escribo hoy todo esto, Viejo? No sé. Tal vez para decirte lo que me acuerdo y, más que nada, decirte lo que me acuerdo para que veas lo poco que sé, que quiero saber más, que quiero más memorias, más de la tuya, contame, tenemos que hablar. ¿Por qué hablamos tan poco? ¿Por qué nunca se me dio por decirte: «Viejo, vamos a conversar»? No teníamos, Viejo, un idioma común claro. Ni vos tenías un español de charla ni yo pasé de cuatro frases en yiddish. Pero así y todo, Viejo... En la mesa de tres nunca se hablaba, yo hablaba para adentro, gesticulaba, discutía, ¿con quién?, y mamá me decía «¿con quién hablas?», y vos me reprochabas que nunca tenía nada para conversar, y tomabas la sopa bien caliente, y mamá intervenía para un «¿quieres más?, ¿quieres más caliente?». Y hoy, fijate, todo lo que te faltó por contar, por contarme, tal vez no te importaba contar, o no te importaba porque a mí no me importaba; pero ahora sí, contame. Contame de cómo te enamoraste de mamá, de tus otras novias —¿tuviste otras?—, de cómo era el barco en que viniste, de tus hermanos de barco, de tus canciones —¿qué cantabas? Nunca te oí. Nunca te oí cantar, y te gustaban Jeibu Katz y Mercedes Simone.

Adela sí que sabe de sus papas cuando eran novios en Polonia. No eran de nuestro pueblo, papá, pero eran de un pueblo así; el viejo lakup es *cuenteñick*, *clapper*, Y una vez que nos vio a Adela y a mí de la mano por la calle, se escondió, porque venía cargado de frazadas que vendía a plazos y tuvo vergüenza; y Adela lo vio y corrió y corrió: «Ya te vi, ya te vi, papá, papá». Porque ella no tenía vergüenza y quería que él no tuviera, no ahí, no, por qué. Cuando el viejo lakup vino a Uruguay era el año 30 y vio banderas rojas por aquí, por allá, en los balcones; entonces escribió a sus hermanos, a sus amigos: «Vengan, vengan todos, que acá ya triunfó el socialismo». Después supo que eran las fiestas del Centenario de la Constitución y que las banderas eran apenas coloradas. El viejo lakup escribía, papá, y tenía un baúl lleno de cuentos; pero una vez en una mudanza se los olvidó, no sé bien, o era una valija y tenía otras y tomó un tren y allí quedó, no sé. Pero perdió todo y no escribió más, no quiso escribir más. Solo una vez que el *Unzer Frainit*, que era tu diario, un diario de izquierda, de judíos pobres, le pidió un cuento para el aniversario, ahí sí, escribió. Así que era *cuenteñick* y escritor, y cuando llegó vendía pescado pero no estaba bien, porque una ropa se puede guardar y un pescado de un día para otro ya no sirve; y Adela me contaba que en la casa comían mucho pescado —y qué ganas, papá de comerme un *guefilte fish*—. Bueno, ves, lakup le contó a su hija que era muy muchacho y la mamá de Adela también, y era en Polonia, y se veían de noche, pero con la hermana mayor de la mamá de Adela, que llevaba un farol, y entonces iban a un granero donde no hacían nada. lakup sólo le leía los versos que había escrito para ella, la novia, que era la mamá de Adela. ¿Y vos, qué le decías a mamá? ¿La hacías reír? ¿De qué hablaban? Solo te tengo a vos, mi Viejo, al pie del guindo, y a mamá comiendo y comiendo y cosechando y riendo. ¿Cómo era la risa de mamá?

Y hoy acá, Viejo, recorriendo el mundo a tres pasos cortos media vuelta tres pasos cortos, y eso no te lo cuento, ¿para qué?; pero mi mundo es este, de dos metros por uno, sin luz sin libro sin un rostro sin sol sin agua sin sin y te escribo; pero esto no, esto es mío, me lo banco meses años años años tantos años

y tenemos que hablar todo lo que nunca todo lo de ahora y lo de antes, de cómo fue la fiesta que se hizo en el pueblito cuando nació León y de cómo lloró cuando le cortaron en el pito o no lloró porque León era el mejor de todos, y eso lo sé, todos lo sabíamos, mamá lo sabía, lo sentía y yo sentía que mamá lo sentía, y si León hubiera estado en la mesa de tres, León hubiera hablado con vos con mamá conmigo, León hablaba conmigo, me llevó a la Playa Ramírez, al Parque Rodó —el caballito se llamaba Tarzán—, y me juntaba figuritas y yo tenía un hermano grande y nadie me hacía nada porque tenía un hermano grande, que era el mejor, y me hubiera enseñado yiddish y a vos y a mamá más español y yo qué sé qué más, y te lo cuento hoy, Viejo, porque con la de hoy me doy cuenta de que en aquellos días yo tenía lo que tengo: tristeza.

Una carta, ahora, no es como antes. No es lo mismo. Acá sí. Acá uno comprende lo que era una carta antes: papel, lapicera, el sobre, tiempo para escribir trabajosamente. Todo. En una carta iba todo. Desde los huevos de la colorada hasta el embarazo de Miriam y no sabes cómo ha llovido, todo. Y después el carro que iba desde la chacra —o como puta se llame en Polonia— hasta el pueblito, donde el peluquero o el pulpero de allá las metía en una bolsa que todos los jueves la cachila o la diligencia recogían, y uno piensa en las películas del *far west* en las que el pingo se comía los vientos y el muchacho señalaba «ahí va el correo» y el jinete saludaba sin quitar la pata del acelerador y las alforjas de la correspondencia sandungueaban en el anca del caballo que se perdía entre las Rocosas envuelto en polvareda. Después la oficina central, y de allí la clasificación manual, artesanal, el embolse, el destino dos por tres cambiado, y al barco y a bodega y al mar esquivando *icebergs* —digo yo— o submarinos del Eje o mercantes a contramano y al fin, puerto. Y ahí lo mismo pero al revés, y el pedo geográfico del desembarco: «esta bolsa es para acá», «no, esa no, Argentina es enfrente, deja la de Paraguay». Por eso cada carta que llegaba era, por el solo hecho de llegar, un acontecimiento. El abrirla era otra historia. Uno acá entiende las cartas de antes. Uno te entiende, Viejo, el llegarán-no-llegará, qué trae, algo bueno, pasó algo; pero fuera lo que fuera, llegar era un acontecimiento que signaba el día, y a veces, mucho, infinitamente más. Lo menos, comentarios por días, anécdotas, nombres, lugares que despertaban recuerdos, otros recuerdos, dormidos, que aguardaban la palabra mágica para que volviera a la pantalla del recuerdo el monte de guindos o el trineo engrasado que guardabas en el granero, si es que tenías trineo y granero, papá; lo que sí tenías en el pueblito era, supongo, biógrafo, porque alguna vez me hablaste de dos cómicos —Pat y Patachón—, y de Tom Mix, que tenía un espejito en el fondo del sombrero tejano para ver quién le venía de atrás, digamos que era un *cow-boy* con espejo retrovisor. Después, la historia de las «recomendadas», que convenían o no convenían, porque llegan más tarde, y eso de que las recomendaban, ¿a quién? «Toma» cuídamela, te la recomiendo». Y ni qué hablar de cuando llegaban las fiestas y el papelaje doblaba al cartero, que quedaba libre al terminar el reparto, y cada boca de tormenta que cruzaba era una tentación a la que dos por tres sucumbía y se acabó el reparto, y anda a buscar la recomendada al caño. Yo te comprendo entonces, Viejo, porque lo vivo acá; en el Más Allá del Muro hay fax, teléfono, e-mail, el avión en medio día

sin escalas te la entrega en mano propia. La carta, afuera, hoy, es lo de menos. Acá, lo de más. Te autorizan una cada quince días, en una carilla, letra de imprenta, donde no se puede decir nada más que está todo bien: la salud, el tiempo, mamá; y no nombrar a nadie, como si no tuvieras vecinos, amigos — parientes sé que no—, pero la gente del barrio está ahí, en las líneas no escritas y tantas veces tachadas. Pero aun así, papá, esa hoja suelta con cuatro frases es una bocanada de aire, un pájaro que revolotea, familiar, que se me posa en las manos y baila en las pupilas y me deja una reserva de papel para cuando la última hojilla se me haga humo.

Mamá se secó las manos en el delantal, pero se dio cuenta de que no era suficiente y fue y se las lavó y «¿para quién es?». Papá, cuando gritó «¡Rosa!», no era para que ella viniera; era para gritar, para gritar un nombre que estuviera, que existiera, como cuando mamá gritaba «¡León!» en el cementerio de La Paz, y era para que, gritando el nombre, el nombrado estuviera, porque la gente es con nombre y un nombre sin gente es un vacío, y cuando se evoca, se evoca un nombre, y cuando se reclama, se grita un nombre; y papá gritó, en «¡Rosa!», todos los nombres, todos los nombres que faltan, que le faltan, que nos faltan, nombres para que interrumpieran el rallado de papas, un claveteo de media suela, el ordeño, un zurcido, el lavado de guindas para destilar. El nombre de mamá eran todos los nombres: hermanos, hermanas, mámele y tátele, las búbeles y los sobrinos, todos podían estar o no estar en esa carta que el Viejo sostenía con cuidado y temor, como cuando del jaulón atrapaba delicadamente pero con firmeza a un canarito que iba a amachimbrar con una canaria muy fina que le dio un vecino para cruzar, y no lo quería lastimar y no quería que se le volara y le quedara en la mano la irrealidad de un pájaro, la irrealidad de una carta que podía huir, volver al bolso de cuero oscuro de Sacucho y de ahí al barco de retorno. Entonces mamá se dio cuenta de que también tenía que limpiar la mesa, y limpió la mesa y papá, cuando la llamó, fue, y estaba ahí junto a la cocina, frente a la mesa, con su estola métrica al cuello, sacerdote de la aguja, sastrecillo valiente, carta en mano, lentes puestos y ojos nublados.

Nunca te lo conté, papá, pero ya es tiempo de que lo sepas: vos fuiste el héroe de los cuentos infantiles que le hice a mi hija pequeñita antes de dejarla de ver pequeñita para siempre. A tu única nieta, papá, que mamá rogó que también se llamara Esther, como su madre, mi búbele desconocida, solo conocida en las fotos borrosas en la memoria, y que yacía, como la memoria, en una caja de zapatos. Y hoy me alegro de ese nombre, Viejo, mucho más que cuando se le puso, porque ahora sé que tengo tuve una abuela, una búbele que se llamaba Esther. Así que Esther, la pequeña, dilatada las pupilas y descolgaba la mandibulita cuando yo le narraba las hazañas del Sastrecillo Valiente, aguja en ristre, enfrentando a los enemigos, los malos, gigantes y dragones con brazaletes de las SS, a los que amenazabas sin temor, a los que enfrentabas sin temor, sin más escudo que el dedal invulnerable, sin recurrir a la artillería pesada de esa tijera imposible de manejar en el aire, y que le apoyabas una hoja sobre la mesa y la otra, feroz, se alzaba, como las fauces de un animal prehistórico, cortante, firme, y de nuestro lado. Las tijeras siempre estaban de

nuestro lado, siempre combatían de nuestro lado, siempre vencían, papá, en tus manos, y cuando los aniquilabas, siempre con respeto, nunca un «*ieke pots*», papá, que tanto repetías. Entonces llegaba la hora de develar la personalidad oculta del héroe, de hacer deslumbrar su personalidad, diría, de entre casa, como pasaba o debiera pasar con los enmascarados Llanero, Fantasma, Batman y Zorro, Viejo; y así cada episodio culminaba con... «y el Sastrecillo Valiente no era otro que... ¡el Abuelo Isaac!», que Esther aguardaba desde el comienzo del relato. Entonces, mi hija se reía y disfrutaba más con la revelación que con el relato, y así siempre, porque aguardaba, nerviosa, lo que sabía que iba a ocurrir desde el comienzo, y, entre las risitas finales de dientes de leche, repetía: «Era el abuelo, era el abuelo»; el abuelo Isaac, papá, sastrecillo valiente, miembro del Sindicato Único de la Aguja, a lo que agregabas, aun cuando dejó de existir, «filial UGT». Y, a veces, el final del relato tenía una vueltita más, cuando Esther preguntaba: «¿Y la abuela?»; y yo le decía que claro, cómo no iba a estar, si SS quería decir Somos Sucios; entonces la abuela venía con el balde y el cepillo, y los corría y los corría para que no volvieran más, hasta el próximo episodio.

Hubo en casa, papá, una batalla: la batalla del escusado. El escusado estaba vinculado al único chiste que te recuerdo. Cada vez que ibas, con una hoja vieja del *Unzer Frint*, decías: «Voy a escribirle una carta a Hitler». Tu correspondencia con él, Viejo, fue muy fecunda. Pero la batalla de mi memoria no venía por ese lado. Era que, para la higiene, teníamos un alambre doblado, colgado del caño de la cisterna, donde se enganchaban los diarios viejos, que al fin de cuentas, compartían el mismo destino que los destacados al jaulón. A mí se me hacía difícil, y mamá, que contemporizaba conmigo, que era su manera de mimarme, conservaba, para mi exclusivo uso (creo que también para el de ella), el papel de estraza del azúcar y la yerba sueltas, y el blanquísimo de la panadería, que era, digamos, de lo más fino. Ocurrió, entonces, que un día, de regreso de la escuela, paso por la casa de Juan, que era una casa de lo más rica, para ir al campito a jugar con mi pelota de goma colorada. Juan se estaba bañando y la mamá me dijo: «Se está bañando, podes subir»; y yo subí por una escalera de mármol, para mí que de mármol, por la que llegabas a un lugar cuadrado, y que después seguía otro pedazo más, y llegué al escusado de Juan, que era muy grande, como de película, y él se estaba secando; y ahí vi, contra la pared, un cilindro blanco al que toqué con un dedo y giró media vuelta; y Juan: «Deja eso quieto»; y yo: «¿Qué es?»; y Juan: «Para limpiarse el culo, idiota». Así fue cómo descubrí el papel higiénico, papá, que quise introducir en casa, y vos que no, y mamá que «boino, para él», hasta que se introdujo aquel rollo que compartía el alambre con el *Unzer Frint* y sobre el que me dijiste «se arranca así; eso costa plata». Y lo que son las cosas, Viejo. Acá, cuando te llevan a cagar (cuando te llevan), en el escusado me pelo por un cacho de diario, por ver si pescó alguna noticia, y cuando capturo alguno, papá, que la guardia deja como saldos de su uso, y logro, de refilón, pellizcar alguna frase que no da para nada porque acá todas las noticias son de mierda, me acuerdo, Viejo, de tu parlamento rumbo al escusado y sonrío, papá, te sonrío.

«Para quién es», volvió a decir mamá después de limpiar la mesa y mientras se secaba las manos ya secas en el delantal. «Para quién es», en un

tono de pregunta sin llegar a serlo. «Para quién es», en tono de incertidumbre, de temor, de ira, y algo de interrogación, papá, a la vida tal vez, al destino, a ese dios mezquino que quitaba todo y no daba nada y amenazaba por joder, nomás, porque para hacer todo lo que hizo lo hubiera hecho sin amenaza, porque la amenaza siempre tiene una pequeñísima hendidura de esperanza, «si no te portas bien te mato», te queda la chance de portarte bien, «y si no guardan los mandamientos y temor de Dios, inundo todo y reviento a Sodoma». Vos guardabas los mandamientos, y te ahorrabas el diluvio y las pestes y el terremoto. Pero acá no, acá no le dio respiro al Pueblo Elegido, que lo borró, que lo barrió en nombre de nada, qué joder; y ahí estaba mamá sin saber qué hacer con esas manos que amasaban como nadie, que no sabían estar quietas, que limpiaban y cocinaban y se iban para el taller para picar solapas, y preguntando «para quién es», para quién es, Dios mío, que quiero saber si mamá vive, si papá vive, si vive algo, alguien, un hermano, no sé. Y yo estaba ahí, papá, y no estaba. No estaba ni en tus ojos ni en los de mamá. No estaba cuando hablaban en yiddish, bajito, intenso, rápido, entrecortado; no estaba. Era algo que estaba ahí, aislado por ondas de una intensidad que no me llegaban, estaba del lado de afuera, papá, ahí pasaba algo y yo no estaba y estaba ahí. Ahora sí. Ahora sí, papá. Estoy ahí.

Y acá, Viejo, mira lo que son las cosas, me remango el pantalón para buscar el pollito de mamá. Porque «me vino», como decís vos cuando te acordás de algo, «me vino» la historia aquella de cuando vivíamos en Florida, y teníamos gallinas y mamá estaba embarazada (fíjate vos, papá, de las cosas que me acuerdo), y las gallinas tenían pollitos y un pollito se descarrió y se cayó en el escusado, que era un pozo negro, y vos corríste y los vecinos, y mamá quería mucho a ese pollito, a todos, pero a ese porque se cayó y estaba embarazada y se agarró la pierna y allí, en ese lugar que se tocó, cuando yo nací, en ese lugar de la pierna, pero en la mía, había un pollito, una mancha, un lunar extendido, que era un pollito —«¿no ves acá la cabeza, todo?», me explicaba mamá—, y yo me acabo de remangar el pantalón, Viejo, y tengo la mancha; pero de pollito, Viejo, por más ganas y voluntad que pongo, no le veo un carajo, y mucho menos una cabeza de pollo, que si fuera, acá, lo desplumo.

Una vez, Viejo, le hice un cuento a mamá porque vos me habías hecho uno, de muertos. Mamá estaba sentada en la cama, y de la mesa de luz, que tenía un cajoncito arriba y una puerta como de roperito abajo, había sacado la ropa de León, que sacaba todos los días y todos los días la desdoblaba y la volvía a doblar, y estaba toda muy limpia y yo de eso nunca me puse nada, mamá la tenía ahí, y se sentaba y acariciaba prenda por prenda —me acuerdo de un buzo de lana verde— y lloraba. Lloraba natural, de lo más natural, mamá ya lloraba como uno respira o mea. Sin gemidos, sin suspiros, sin interjecciones, sin comentarios, sin ver, sin verme a mí, que había entrado no sé si a consolar, tal vez a competir, o simplemente para marcar tarjeta en sus pupilas, para entrar en sus pupilas como había entrado al dormitorio, donde me senté a su lado y le dije «¿sabes una cosa?», y mamá me miró como diciendo «sé que estás ahí, Moishe»; pero no dijo «Moishe» ni nada, y creo que me palmeó la cabeza, pero esa mano volvió a la ropa de León, y allí sí, acariciaba, y yo seguí «¿sabes

una cosa?, mamá, que cuando venía de la escuela y estaba en la parada, pasó un tranvía que no era el mío, y ¿sabes una cosa? mamá, en el tranvía...»

Y yo le conté esto, Viejo, yo se lo entré a contar vaya uno a saber por qué, por lo que te dije, por otra cosa, no sé, es muy difícil saber cuál es la razón última o la primera de cualquier cosa que hacemos; y se lo conté porque vos me contaste una historia, no, no me la contaste a mí, se la contaste no me acuerdo a quién y yo la oí, fue hace mucho y había gente y se tomaba té, vasos de té con un terrón de azúcar en el platillo y estábamos en una mesa donde jugaban al dominó de cuatro y era muy molesto cuando te tocaba el doble seis, y vos contaste, porque todos contaban algo porque afuera llovía y adentro tomaban té, y contaste que en tu pueblito había muerto la madre de una vecina que era cristiana, y que la habían enterrado esa tarde, pero que la hija, como a las dos de la mañana, se sentó en la cama y empezó a gritar «¡mamá está viva, mamá está viva!», y el esposo «que no, que ya la enterramos, querida, ya la enterramos», y todos creían que era el dolor, y ella que no, que mamá está viva, mamá está viva, y se oían los gritos y los vecinos fueron a ver y vos fuiste, y ella «vamos, vamos, la tenemos que sacar, vamos, vamos», y era tan fuerte y firme su decisión que despertaron al cura y todos fueron, y en el cementerio, con las palas que llevaron, cavaron y cavaron hasta el cajón, y tenían faroles, y el cura tenía botas, y entonces abrieron el cajón y la mamá estaba muerta, pero de costado, y los dedos mordidos, con sangre.

Por eso yo le dije a mamá: «¿Sabes una cosa?, mamá, que cuando venía de la escuela y estaba en la parada pasó un tranvía que no era el mío, y ¿sabes una cosa?, mamá, en el tranvía me pareció que estaba él, León, en la ventanilla, y me miró, y a mí me parece que iba a dar unas vueltas pero que va a venir, porque a veces pasa así, mamá»; y mamá hizo un gesto como de rabia o de asco, que no era asco, era agrio nomás, y me tocó así en el hombro, como un empujoncito, pero firme y «anda, anda, ándate, Moishe, anda».

Y todo esto, papá, es para decirte que de acá, del nicho este, voy a salir en cualquier momento, algún día, algún domingo que el almanaque tiene, para que me cuentes todo lo que me tenías que contar; que tengo una lista así de preguntas, de qué leías, de qué otra novia, de si en la guerra le tiraste a alguno y de cómo era tu papá, tu tátale, que hasta hoy no sé si era sastre o carpintero, o si él también, como el tátale de mamá, arrendaba quintas para cosechar guindas, y si vos y él eran religiosos, o qué sé yo, porque vos, Viejo, nunca me explicaste por qué el candelabro tiene siete brazos uno y nueve otro, y yo sé que todo esto me lo hubiera contado León, que era el que sabía, el que hablaba, el que me llevaba a la Playa Ramírez, el que me hablaba.

Una vez, Viejo, en un archivo del puerto me los imaginé a mamá y a León como nunca los había pensado. Teníamos que ubicar, para los trámites de Carta de Ciudadanía (esa carta llegó), la fecha de ingreso al país, y allí fui, a Inmigraciones, con la fecha, y el Giulio Cesare, que había partido de Genova, donde mamá y León habían llegado (¿en qué?) atravesando Europa, desde el pueblito a Lublin, desde Lublin, cruzando Polonia, Alemania, Francia (¿qué vieron por la ventanilla?), hasta el puerto italiano desde donde vinieron a Montevideo en tercera, entre bultos y el baúl; y en los ingresos de

Inmigraciones mamá era Rajzla y tenía veintisiete años, y León era Leibus y tenía cinco; y cuando me encontré con ellos en el libraco enorme de tapas negras, repleto de nombres y fechas manuscritas con tinta negra —tal vez china, que entonces tenía fama de indeleble—, me imaginé a mamá de pelo oscuro y largo, cantando, con León, canciones que yo nunca conocí ni oí, el grito joven y fresco de mamá para que León no se asomara a la borda, o mientras comían, o mientras Leibus se dormía, mamá le contaba, le imaginaba, le fantaseaba el encuentro con papá, que iba a estar en el puerto y que eran y que iban a ser una familia en un país donde se bebía una infusión de la que ya tenía noticia, porque un polaco del pueblo, que era marinero, ya había estado en «Uruguay» y había traído, y le había mostrado lo que sería un porongo y una bombilla, recuerdos de Uruguay. Y llegaron al puerto y desembarcaron, y mamá lloró, digo yo, y León, que al principio fija que no te reconoció, y mamá le dijo en yiddish «¿no ves que es tu padre?», y se te prendió al cuello, y vos los abrazaste y le murmuraste «Leibus Leibel Leibus Leibus», y él, de alguna manera reconoció la voz que lo había dejado un año y pico atrás, y enroscó sus piernas a tu cintura, Viejo, que ya los esperabas con casa en Florida, en una calle que hoy es principal y que tenía entonces el colonial nombre de Camino Real, y marchaste con ellos (¿en qué?) supongo que en ferrocarril, que en ferrocarril cruzaron Europa, que mamá y León llevaron para el viaje en ferrocarril pepinos salados y *eiring* y bizcochos de miel y pan y *leibeburst* y algún pollo. Entonces se fueron en tren a Florida donde tenías trabajo, donde desde hacía un año que trabajabas, oficial sastre, rusito de ojos claros, a quien quisieron empedar los compañeros de trabajo, sastres todos, criollos, el primer sábado a medio día, día que se cerraba la semana laboral y se tomaba una antes del «chau, hasta el lunes»; se guiñaron entre ellos, «vamos a mamar al rusito», y mandaron la vuelta, y otra y otra; y vos no, y ellos lo respetaron, porque había que juntar para traer a la señora y al hijo, y venga la otra, y cantaron, y vos tuya y mía pero cosiendo siempre, y el hilo no le erraba al ojo de la aguja; y es que ellos, Viejo, no sabían de tus días de soldado y sauna y escudillas de vodka en la que empapaban el pan negro; y se mamaron, Viejo, y vos ahí, derechito, cuando te pusiste el saco y dijiste «hasta loigo».

Yo estuve en el pueblito, papá. Yo estuve en Belzits, yo estuve en el *stetale*, mucho después, infinitamente mucho después del día en que mamá y León subieron a un carro rumbo a Lublin para tomar el tren a Genova, mucho, infinitamente mucho después que la familia toda los acompañara a la plaza desde donde partió el carruaje que imagino de cuatro caballos, como una diligencia *de far west*, con el equipaje en el techo, atado a cuerda, y en fija, Viejo, que les cantaron los primos, los hermanos, todos, el equivalente del «*chau chau chau chau, adiós que te vaya bien*», y nadie imaginaba, soñaba, pesadilleaba con la idea de que serían los últimos que iban a partir de la plaza del pueblito para vivir, para ir a vivir; pero solo mamá vivió, si es que vivió después de la muerte de Leibus; pero eso fue después, mucho, infinitamente mucho después; y alguien ayudó a mamá a subir, la hermana —cuál de ellas—, y a León lo besaban y le regalaban golosinas, y a vos, papá, ¿qué te enviaron de regalo? Fotos, tal vez, o una máquina de afeitar, o esa otra pequeña maquinita donde se ajustaban las

gillettes usadas, y que vos usabas en el taller para cortar el cordonet con que hacías los ojales a mano, y ese aparatito se cerraba como una navaja y tenía un agujero que nunca entendí para qué, y después, mucho, infinitamente mucho después supe que allí, en ese agujerito, se ponía la punta del toscano que nunca fumaste, Viejo, y al cerrar con la vieja gillette ajustada se despuntaba el habanillo, y mamá trajo cosas, muchas cosas, pero la Singer no, la máquina de coser no, la tuvo que vender para llegar al pasaje, pero trajo la plancha de bronce que tengo en un estante, que era profesional, grande, pesada, y que atrás tenía, tiene —la tengo— una puertita semicircular, como de horno, y dentro un hierro en punta que se calentaba al rojo en un brasero, y tenía un agujero para tomarla con una pinza con la que se volvía a introducir y así se calentaba la plancha de mango de madera, y no había manera de ensuciar lo planchado porque era de bronce, casi oro, y las solapas quedaban impecables; y esa puertita semicircular era igualita, del mismo modelo, modelo de época que vi cuando fui al *stetale* en busca de alguna huella y tuve que rebotar a Auschwitz porque fija que para allí habían marchado, también en tren, y busqué en las vitrinas enormes donde se apilaban las valijas con el nombre de los que fueron y allí no estaba el nuestro, y fui a la vitrina donde había una montaña de brochas de afeitar y tal vez alguna enjabonó el rostro del abuelo o del tío, y fui a otra vitrina y las montañas eran de pelo para fabricar fieltro para las botas alemanas y allí estaría la prima, niña, muy niña, y la abuela y qué sé yo, y los montes de zapatitos de niño, y basta, papá, nada, y bajé al horno crematorio, que no recuerdo bien, creo que eran tres, y lo que yo te quería decir, nada más, pero me salió todo lo que no te iba a decir, lo que te quería decir es que la forma, el sistema, de la puerta del horno, era como el de la plancha que trajo mamá, igualita, pero más grande, más pesada, total, de hierro.

Y así fue cómo papá tuvo que sentarse y apoyar los codos en la mesa, y mamá, apoyando las manos en los hombros de papá, mirando en silencio ahora, después de mucho yiddish interrogante, especulativo, expectante, mirando, nada más que mirando esa carta de sobre que tenía los bordes con una guarda colorida en rectangulitos rojos y azules alternados dejando el celeste entre ambos, como el borde de un vestido campesino, bordado, festoneado, alegre, listo para bailar. Y yo ahí, papá, que no me ubico bien-, pero creo que estaba cerca pero lejos, como excluido pero integrado, como si los tres fuéramos uno pero yo como uno que era del todo de los otros dos y de los otros muchos que podían estar o no estar en la carta que podía ser de Pandora, yo era uno que era del todo pero raro, yo era raro, no era León ni como León ni como vos papá, ni como mamá, ni como todos los de allá, los que eran y los que ya no, los que ya no, papá, qué carajo era yo, papá, que hasta hoy te escribo esto una vez más por primera vez porque aún me lo pregunto, te lo pregunto, ahora que no estás para recibir una carta, ésta, que te escribo a vos, solo a vos, carajo, para que contestes, me expliques, o me digas sólo «boino, ya está»; y esa gata de mierda que sigue estilo esfinge en la baranda de mármol del balcón y no siente nada ni se entera de nada ni da bola, y yo que no sé si doy o no doy bola porque soy una parte y, como la gata de mierda, yo, Moishe de mierda, no siento un carajo, solo inquietud por verlos como nunca los vi, con algo en la mano mucho más

intenso, mucho más importante que yo, papá, que estoy por fuera y me da, no sé, algo que no entiendo pero que me da y cómo hago para explicarlo, para explicarles que quiero ser parte sin más vueltas, que quiero ser del todo, que por qué carajo no tengo, no me dieron, no entendí ese derecho de ser lo que soy.

Carajo.

Y estas son las cartas, mi Viejo, que te quise escribir desde donde escribir no se podía, y que te escribo hoy, mi Viejo, desde donde sí puedo, junto a una ventana que durante tantas eternidades no tuve, con vista a un patio, pequeño, de entre casa, donde se mezclan los racimos de glicinas, y estallan los jazmines del cielo y los del país aroman, y pienso en mamá, su patio de las mil macetas, y en esa bicicleta naranja pequeñita que está ahí, y es de la nieta que rogué se llamara también como mamá, Rosa, pero que no, «es igual», como mamá diría; pero Inés, papá, es la Rosa. Pero no vayas a creer: cuando no te escribo, igual te sigo escribiendo. No te pienso hablando, mi Viejo. Te pienso escribiendo. Escribiendo ahora, que estás por todas partes, en la plancha de hierro que está en el estante, en el dedal-escudo de sastrecillo valiente con el que nos defendiste de los gigantes del hambre y la adversidad y que tengo como engarzado en una ramita de coral blanco, y el bastón, papá, el último bastón, el que usabas en la «ciudad de los bastones», el Hogar de Ancianos Israelita, donde fuiste a dar con mamá cuando el desalojo. ¿Cómo pudieron? Cómo pudieron desgarrarte de los vecinos que te venían a ver y «ya va a salir», y del canilla que te dejaba para mí revistas que nunca me llegaron, y de los que venían con una torta y «pruebe doña Rosa», o cuando se arrimaban tantos cuando volvían de una visita y entonces necesitaban puntales y ahí estaban todos. Cómo pudieron, cómo pudo, el que dijo «fuera», decirlo sabiendo que no tenían dónde ir y que yo no estaba, no existía, estaba muriendo; cómo se llamaba el que lo hizo, González, papá, y dijo que para construir y no construyó, la casa está ahí, con otros, Garibaldi 2877; y se fueron con la cama, nada más, y quedó por ahí la Singer, una vez más quedó por ahí una Singer con la que te rebuscabas con algún arreglo, acortar mangas, alargar pantalones, y por ahí quedaron el jaulón y el último piso de *Unzer Frait*, el gato, las plantas de mamá. Creo, papá, que te escribo para escribirme. Me escribo como si me hablara; que vos no estás en los objetos ni en La Paz, donde fuimos juntos y yo volví, pero no volví a La Paz porque eso de ir a visitarte donde no estás es de boludo, y boludo sería decirte que estás en mí; no Viejo, lo que hoy, lo que hoy por hoy siento, es que yo, hoy, soy vos, Viejo. Quiero ser vos, por momentos soy vos, no siempre, por eso tantas preguntas, para saber, para saber lo que fuimos, para poder compartir, sentir, poseer las alegrías de las fiestas en Belzitse, para estar en las fiestas de cuando te casaste con mamá y el nacimiento y el vino de la circuncisión. Yo fui a buscar esos pasos, Viejo. Yo fui por tus pasos, por los míos, por nuestras huellas. Y volví con las manos vacías y el corazón espeso. Te lo voy a contar.

Y llegué a Varsovia, papá, y era una ciudad nueva, de calles anchas y niños abrigados. Entonces me llevaron a un hotel y me preguntaron qué deseaba ver y que ya tenía palco para un *Hamlet* con escenografía de Svóboda, y me preguntaron «¿cómo?» cuando les dije que quería ver la guía, «¿la guía?», sí, de teléfonos. Entonces Sofía Sleyen sonrió, porque ella entendió, y fue y la trajo

y «yo te ayudo», porque Sofía había huido del gueto y volvió a Varsovia, ya sin gueto, sin el gueto aquel; «hay otros», murmuró; Sofía hablaba español, su esposo había combatido con las brigadas en España, y ella, hoy, sola, escribía versos.

Con su índice lleno de las arruguillas del tiempo y los lentes sobre la punta de la nariz, fue recorriendo minuciosamente la «R», con todas las variantes de la gramática, porque acá llevo «s» donde allá va con «z», y el pequeño dedo de Sofía fue de arriba hacia abajo y luego el recorrido inverso, meticoloso; entonces hizo un gesto así, y con una leve sonrisa que tenía algo de tristeza habitual y algo de «yo lo sabía, pero hay que hacerlo», dijo «no..., no hay..., acá no hay», y cerró el «directorío», como le decía ella a la guía, que quedó sobre la mesita de mármol blanco, frío, lo uno y lo otro, como una lápida.

Uno buscaba por las calles varsovianas algún rastro de tus tiempos, papá, pero la crueldad bíblica se había cumplido y allí no dejaron piedra sobre piedra, y solo el serpentear del Vístula, que se adormecía en mis pupilas, le daba a la nueva ciudad un algo de «yo estuve aquí una vez»; aunque no vayas a creer, desde que aterricé y mis pulmones se inundaron de aires que alguna vez te oxigenaron, sentí un algo de retorno, las ganas, tal vez, de encontrar por ahí alguna raicilla de procedencia, algo de antes, de mi antes, del tuyo, aunque solo fuera como esa iglesia que tengo ante mis ojos, bombardeada, ennegrecida por las llamas y conservada tal cual, para memoria de lo que fue Varsovia un día lejano, no tan lejano, ayer, tan desolado como esa ruina tan cuidada, como cuido yo las ruinas de lo que tuvimos, de lo que fuimos, pero que aún no pude palpar ni en las calles anchas, ni en los niños polacos de mejillas enrojadas de risa y frío, ni en la guía de nombres, que en la de calles, para lo que busco, no hay, porque entramos en la zona del gueto, en el barrio del gueto, y no hay más que una vasta extensión de manzanas prolijamente derruidas, llanas, rodeadas por edificaciones de viviendas en zona que no fue del gueto, que pronto avanzarán también hacia donde fue, hacia donde fue Mila 18, que hoy ni el nombre, Mila 18, papá, donde los últimos de Mordejai sucumbieron en una resistencia que nos llena de dignidad, Viejo; y no te creas, en él pienso mientras uno dos tres media vuelta uno dos tres, en este refugio subterráneo que no refugia un corno, y uno la lleva, banca, porque en uno estás vos en una trinchera y los tíos en la brigada y Anilevich, acá, con los últimos, solos, minga solos, con ellos, porque de afuera no llegaban ni los fierros, que cuando les dieron media docena se los cobraron, y fabricaron molotov y asaltaron nazis y tuvieron las armas que uno ve ahí, en ese monumento que hay en el gueto llano, desolado, donde tres o cuatro botijas corren al frío, con cachetes sofocados, detrás de una pelota; en ese monumento, que es lo que va quedando —tal vez no, tal vez no sólo—, donde hay una muchacha, y un Anilevich, un grupo de Anilevich con algún fusil, y un 38, hay algún cuchillo, y el herido, y vendas y la botella incendiaria para enfrentar el genocidio de los tanques, para resistir, para resistir en el primer alzamiento que se produjo en Europa, papá, y lo hicieron ellos, nosotros, Viejo, y eso nos hace bancar, con la dignidad que se les ve en esos rostros de bronce que van. a morir... que no van a morir. Entonces «me vino», como dice mamá cuando se acuerda de algo, me vino, papá, cuando

íbamos al cementerio de La Paz a visitar a León, y vos mirabas la lápida donde había algunas piedritas, colocadas de a dos, y murmurabas, en yiddish, con mamá, largando nombres de los que podrían haber pasado por ahí y se habrían detenido para recordar y dejar un mensaje de roca viva, de roquita, piedra, un trozo de roca, de a dos, para decir que León estaba también en su memoria, que vos y mamá sabían que eran los únicos que hubieran podido recordar; entonces yo recogí dos piedras, papá, dos pequeñas rocas, y por vos, por mí, por mamá, por todos, Viejo, en alguno de los escalones que conducen al monumento del gue-to, las deposité, como en un ritual, pensando cada paso, pensando cada piedra, cada resistencia que fue y que es, papá, para siempre.

Era una panadería muy pequeña, papá, limpia, eso sí, pero no muy prolija. Tenía una vitrina no más ancha que la puerta, esa puerta por donde una bocanada de aroma me delató la cocina familiar; entonces me detuve en la vidriera, y allí estaban, redondos como tortas fritas, esos panes que tenían en su centro, cebolla algunos, semillas de amapola otros. Se me alegró el corazón, papá, porque en esa tienda o en una igual, vos o mamá, León tal vez, habrían entrado para comprar lo que yo compré, y uno a uno los fui comiendo por esas calles de Lublin por las que me dejé ir, en busca de algún otro aroma o qué sé yo, alguna revelación como la del pan, y así llegué al mercado, donde las campesinas sonrientes te entregaban, me entregaban, luego de señalar en la barrica, un pepino salado, como esos que comprabas en el mercado del puerto, pero estos eran de acá, y en barrica, y en mercado atendido por su dueña, la campesina de pañuelo colorido y mangas largas que se arremangaba para extraer el pepino crujiente, que me fui comiendo con el pan como el de casa, y era como si yo y vos y León y mamá viviéramos por aquí nomás, y por aquí nomás seguramente está/estaba la sastrería del tío donde un día llegaste harapiendo, irreconocible, porque habías muerto en la guerra y Leibus no te reconoció y te dio una propina y vos «Leibu, Leibu, soy yo», y lloraron todos; y a mí, papá, siempre me gustó tu foto de soldado, y te imaginaba de fusil y en la trinchera, o esquivando al cosaco de galope tendido y sable en mano, esa era otra guerra, papá, los judíos tenían fusil.

Y acá, Viejo, como esos salmones que saltan la cascada en contra, que trepan cataratas a pura voluntad y coletazo, macho y hembra, porque a desovar no van todos, pero van, y la quedan, se los comen los osos, los zorros, el aire, se asfixian, se pudren al sol para mejor degustación de los carroñeros; pero ellos ahí van, año tras año, siempre, para ir a heder al lugar de donde vinieron; qué extraña corriente nos lleva, hombres y salmones (dicen que también las anguilas), a rastrear el punto de partida, cuando el pescado puede elegir otro remanso para incubar, y uno, que ya sabe que viene de ahí, para qué ir ahí. Pero ahí van, salmones y hombres.

El pueblito, Viejo, es como de campaña. ¡Qué te voy'a contar a vos! Belzitse es una plaza al centro, con un monolito que recuerda a cuatro guerrilleros de la resistencia, algunos bancos y una ternera suelta que pasta, mansa. Alrededor, comercios chicos, con tolditos viejos, pequeños, muy pequeños, como si todos fueran de mercería pero fija que no, alguno sería como la panadería de Lublin, habría zapatero, no sé. Estaban cerrados. Llegamos a la

hora del cierre o simplemente era domingo. La cosa, Viejo, es que cuando bajamos del coche oficial con Tomash, el traductor, y el chofer sacándose la gorra y secándose la frente, el pueblo, Viejo, todos, sencillos, humildes, curiosos, se arrimaron. Casi como un mitin o un acto religioso o un reparto de azúcar en terrón, para el té.

Entonces Tomash les habló de mí. Les dijo que mis padres (vos, papá, la Vieja) venían de este pueblo, que en este habían nacido; y yo, papá, me sentía casi como un acontecimiento, hijo pródigo, Ulises llegando a Itaca, alumno que van a premiar en el fin del curso.

Nada. Cuando yo aguardaba que alguno dijera «sí, conocí a sus padres», o solo a papá, o a un hermano de él, o que... me cago en la gran puta, nadie conocía a nadie, a nada. Nada.

Entonces voy bajando las expectativas, pero algo me quiero llevar, y voy y le digo a Tomash: «No es posible, acá vivió toda mi familia, vamos a la sinagoga, este era un pueblo de campesinos judíos, había sinagoga, allí debe haber un registro, o al cementerio, vamos al cementerio para leer mi nombre en una lápida».

Entonces un belzitseano responde, y la gente ríe y Tomash que no traduce, y le exijo, y él: «Dijo que para qué quiere sinagoga este pueblo si ya no queda ni un judío».

Los miro. Silencio.

Es entonces que uno de ellos recuerda algo, que había un hombre rengo, hace tiempo, que cuidaba el cementerio, pero ya se fue, hace mucho que se fue, para Varsovia, dice, y dice que ahora tiene nombre polaco.

La leyenda forjada en hierro, papá, es más pequeña que la imaginada, y portón de rejas, como el de cualquier casa quinta. Hay gente que entra, gente que sale, los vehículos se dejan *afuera, pero no* muchos, no vayas a creer, más bien pocos. Podría haber, en un Jugar así, suponía, vendedores de refrescos, salchichas, *souvenirs*, pepinos. Pero no. Más bien quieto, todo.

Entrando, a la izquierda, hay un tablado. Para la orquesta.

Entro a una de las barracas, hay muchas, por el estilo todas, son grandes pero empequeñecidas por las tarimas que, salvo un pasillo que va al escusado, poco más allá de la estufa, lo ocupan todo, dos, tres plantas. Cuchetas. La estufa es como para calentar las manos si las pones arriba, o como para que mamá ponga la caldera, para mantener la temperatura. Ahora está apagada.

Y yo siento algo: «Acá estuvieron, acá están». Hay en el corredor una galería de fotografías de rostros famélicos, están enmarcados y cuelgan en línea. Debajo llevan el nombre, que reviso uno por uno. En algunos hay, al pie del marco, un pequeño ramito de flores: alguien reconoció a un hermano, a un padre, y yo busco por el apellido, o por un aire, porque puedo comparar foto con foto, aquellas que mamá guardaba en la caja de zapatos, «y esta es Anna y este Samuel y la de acá Sarita, que era la más chica». Hay alguna que otra, en la larga hilera, que está dada vuelta. Son dos, tres. No más. Es algún sobreviviente. Alguien que murió pero está vivo, como vos papá, cuando moriste en la guerra y retornaste andrajoso, pero retornaste, al taller de Leib. Uno se va impregnando, Viejo, del clima del barracón. Lentamente va

absorbiendo sonidos que fueron, crujidos, respiraciones, alguna risita, nombres murmurados, «mame... mame», en agonía.

Salgo. El aire es fresco, da gusto respirar. Y en el horizonte, hacia todos lados, hay laderas verdes, trigales que nacen, algún poblado pulcro, nítido, que tal vez y sin tal vez estuvieron tal cual, en los días de las cremaciones, molestos quizá cuando el humo soplaba de acá, rumbo a las casas.

Ingreso a otra dependencia, oficina del personal. Es curioso que un establecimiento así tenga, como una empresa de electrodomésticos, o administración de propiedades, «oficina del personal». Pero no te creas: allí estaban, bajando una escalenta, las celdas de castigo.

No deja de ser una sutileza, Viejo: un lugar de tres por tres (con un pequeñísimo orificio de ventilación) donde introducían a veinte, treinta castigados, hasta que en días consumieran los restos de aire, famélicos, cagando todos ahí, sin agua, hasta el alivio final. Tal vez alguno, el tío, ¿cuál?, no sé, haya estado ahí. O en esa otra, ataúd vertical, de sesenta por sesenta, sin posibilidad de una flexión, sentarse ni te sueñes, y ahí, hasta la agonía del último ruego, agua, tal vez, poder recostarse, la última voluntad, un trago de agua.

Ellos, a diferencia de acá, Viejo, habían resuelto el tema del plantón sin guardia. Y acá, tan leídos, ni se enteraron.

Después las duchas, como las de un equipo de fútbol, unos bancos de madera, percheros, ahí dejaban la ropa, y las duchas, igual a las duchas, y había una maqueta donde mostraban los cuerpos amontonados contra la puerta de entrada, apilados, muriendo asfixiados ahí antes que por el gas de la Bayer, que salía de los agujeros con gran perfección técnica, característica del laboratorio.

Los hornos. Había un guía, Viejo, que explicaba su funcionamiento. Era un guía de museo, papá, que se había aprendido los papeles antes del examen, que había ganado el cargo por concurso, lo que está muy bien. Entonces, mirando al grupo que rodeaba la camilla de hierro apoyada en rieles, hacía una demostración de cómo, una vez colocado el objeto, bastaba un leve impulso para que la camilla de buen metal se introdujera en el horno, qué te voy a describir, como el de cualquier pizzería, papá, y ahí otro que, como el camillero, eran condenados del campo, cerraba el portoncito, de la forma de un semicírculo como el que llevaba a la escuela, o mejor aún, ya te lo dije, como el cierre de la plancha de bronce que trajeron de Polonia y tengo en un estante. Y no quise más y me salí.

Me salí a la plaza, donde formaban a veces, por horas, cada mañana, bajo cero, antes de ir a los trabajos, «el trabajo te hace libre», decía en la forja del portón. Cruzaban la doble alambrada electrificada, vigilada por torreras donde jóvenes dinámicos, hombres con hijos y madre que los parió, vigilaban la última carne escondida bajo los trapos que cubrían el esqueleto visible a ojos vista. Y en esa plaza, Viejo, como si de alguna manera quisieran conservar la falluta filosofía de que el crimen no paga y que quien mal anda mal acaba, había un cadalsito, una cosa de nada, algo mas que un cajón de verdura al pie de un madero en «L» invertida, y la sogá, seguramente no la original, donde colgaron al comandante del campo, tan poco, Viejo, por tanta cosa.

Ya falta poco, esto se termina, estamos llegando a las vitrinas, donde en una se amontonan las ortopedias, prótesis, piernas de madera y el que la tuvo entrando a los saltos a la ducha; brochas, brochas de afeitarse, miles, de cerda, que caben cada una como un pájaro en la mano, las reciclaban digo yo, las enviaban a Berlín para la reventa, qué sé yo; zapatitos de niño en otra, zapatitos de época, con un botoncito al costado donde cerraba la tira —habrían llegado en primavera—, esos otros no, son como botitas de abrigo, sandalias chiquitas para ponerse al saltar de la cama rumbo al baño, miles, miles y miles de zapatitos, todos modelo de época, allí algún sobrino tal vez, papá, tal vez hubieras podido reconocer «ese era como el de Janele, la más pequeña de Leibu». Más difícil te hubiera sido la vitrina siguiente, donde los castaños, que primaban, se entreveraban con los rubios, no mucho, y alguna que otra cana, miles, millones de canas, pero dominaba en ese cerro de pelos, el castaño. Y allí sí. La mámele, la búbele, la hermana y la niña, orgullo de la mamá por el pelo hasta la cintura.

¿Qué más? Uno no quería más, como un líquido saturado por la temperatura, como un líquido espeso, alguna mermelada o salsa de tomate, que hierve a burbujas y larga un humito que se va, y todo, a la melaza, lo que va quedando de líquido, el vaho, ya no le hacen un grado más, un grado menos de temperatura, ya está.

Pero no. No está. No quise ver más pero había más, y ya en retirada vi otra «guía», y volví y me detuve ante ella, casi desafiante: «Aquí sí», me dije, «en esta guía encontraré mi nombre», y afirmé los pies en la tierra maldita bendecida por tantos que la anduvieron, y entré a mirar y leer me-ti-cu-lo-sa-men-te valija por valija, esas donde guardaron brochas, blusas y sandalias, algún pan, un trozo de salchicha, esas que llevaron al tren y que tenían orden de pintarle el nombre en blanco y letras grandes, de imprenta, mayúsculas, sobre el cartón duro imitación cuero, con remaches metálicos en las puntas, y allí estaban Liberman y Gleijer y Rosenfeld y Hirsch y Rosenbaum y qué sé yo, eran valijas y valijas estibadas con el nombre al frente, una pirámide de valijas que habían llegado a destino, papá, mira qué destino, y te lo juro, Viejo, las miré una por una, una por una, y nada, allí no estaban, allí no estábamos, ni en esa guía, mi viejo, estábamos vos y yo.

Y vos ahí, papá, con la cinta métrica al cuello, como un capellán de tropa, con los extremos depositados en la falda, porque estás sentado, leyendo, deletreando, intuyendo, deseando, ansiando, inquieto, esperanzado, dolorido, muy dolorido, con una expectativa que quiere ser alegría, sosteniendo, con los codos apoyados en la mesa de la cocina donde mamá estuvo rallando papas pero que ahora está libre de fuentes y ralladores, limpia, como todo lo que pasa por las manos de mamá; y tus manos firmes y delicadas sosteniendo un sobre dirigido a vos que no atinas a abrir, y mamá de pie, atrás tuyo, preguntando, porque no sabía leer, «¿para quién es?», porque mamá, pobre mamá, quiere que sea para ella, que no tiene a nadie, pobre mamá, ni a mí, que estoy acá, Viejo, sin poderte escribir, solo pensar, pensarte, pensarlos, pensarlo todo, en estos dos metros y medio por uno, sarcófago horizontal, donde no entra nadie, ni el sol, aire jamás, solo la guardia para dártela o dejarte la media ración de polenta donde enterraron los puchos del turno, los fasos de la noche, de todas las

noches, de estas cuatro mil seiscientos ochenta y cuatro noches, siempre noches, que habito por debajo de la superficie de la tierra, digamos que del planeta, papá, de los simios, y pienso y te pienso y los pienso y te escribo estas líneas, Viejo, que nunca, nunca, recibiste, y que quién sabe, tal vez en algún sitio, uno nunca sabe, que nunca lo escribí pero que ahora sí te lo escribo, por las dudas, por ver, por verte la sonrisa y para decirte, en este instante, para qué carajo vas a abrir la carta, esa carta que estás campaneando con ganas y miedo, para qué carajo la vas a abrir si dentro de ella el tren y las barracas y la camilla de hierro y para qué, Viejo, y que para qué te lo digo, si igual la vas a abrir, por qué no, de pronto alguien, hay alguien, ¿quién?, y mamá que pregunta ¿para quién es?; y si fuera esta, Viejo, si esta carta que igual vas a abrir no fuera, y fuera en cambio esta que te escribo, sería para decirte lo que nunca, para decirles lo que nunca, que los quiero mucho, Viejo. Que te quiero mucho.

III. Días sin tiempo

Lo que no recuerdo es la palabra. Era una sola palabra y no la recuerdo. Al despertar sí. Cuando desperté tenía la palabra que jamás había oído, dicha en un idioma insólito, inexistente, alguna lengua muerta, antigua, qué sé yo. Caldeo, arameo, esas lenguas del desierto, que murieron con las bocas que les daban uso, como habrá sido el último diálogo entre los últimos «mohicanos» de Caldea, fugitivos quizá, en una tienda o junto a la fuente, sobrevivientes del caos, la peste, la guerra, la disolución inexplicable, un río que se seca, la viruela, un descenso de temperatura glaciario y chau. Una civilización a la que hubiera podido consultar sobre la palabra que dejó sin contacto, sin referencia, sin un teléfono a mano, un 0900, fíjate en el diccionario qué quiere decir tal 'palabra. Me resultaría sencillo, fácil, inventarla, reinventarla, algo que suene extraño, como el idioma de los marcianos de Ray Bradbury. Pero no. Estoy narrando el comienzo de una historia, esto es historia, no literatura, aunque nada, nadie me obliga, compele, exige la fidelidad de los hechos que, por lo general, una vez narrados, pierden fidelidad.

Ahora bien: yo sé lo que esa palabra me decía. No lo dudé, no hice consideraciones, no me dije qué puta es esto, no. Del pique lo supe y lo pronuncié, pronuncié la frase entera, más o menos larga, aquella palabra en caldeo era un ábrete sésamo en mis neuronas destacadas al pensamiento, esas que en la distribución racional del trabajo, algo o alguien les dijo «bueno, che, ustedes, al pensamiento, ¿ta?».

En lo que no hay dudas, papá, es que la palabra me la dijiste vos. En un tono en el que se mezclaban la pregunta, el asombro, la orden.

Entonces me desperté y supe que no era un sueño; nunca llegué a pronunciar la palabra. Pero sí su sentido, su traducción, la frase.

Era breve, me atrevería a decir que de dos sílabas, en caldeo no hay esdrújulas, pero no tenía dónde anotarla y de haber tenido, fija que tampoco lo hubiera hecho.

Y en eso estaba cuando patean la puerta, salto, me cuadro, capucha. Hora de mear.

La casa, en la memoria, no es tan grande. Ninguna casa cabe en la memoria. Se reducen. Pero la reducción no es a escala, no es una maqueta pequeñísima. Cómo te podría explicar, mira, vamos a ver. Uno, los domingos iba al Estadio. Diez, veinte, cien domingos. Acá está la Olímpica, ahí la Amsterdam, el talud, la torre de los homenajes. Cualquier foto que ves en cualquier diario, el golero por el piso, la guinda en la red y el *centreforward* gritando el gol, y un fragmento de gradería al fondo; vos, sin vuelta, identificas el Estadio, con capacidad para ochenta mil espectadores, está registrado, tal cual, en un par de neuronas que ni te soñás. Pero el «registrado tal cual» no es tal cual. No se filma ni fotografía, es otra cosa. Si yo te dijera «dibuja el Estadio», vos lo dibujas. Pero no cada escalón, ni los focos ni el parlante, no la línea de óbol ni el punto penal. No. Dibujas cuatro cosas, la torre tal vez o algo parecido, el rectángulo ovalado de la Olímpica, qué sé yo. Pero no más. Y es el Estadio.

Con la casa, como con todo, pasa igual. Me pasa igual. La casa, la casa de mis viejos no es tan enorme como enorme era cuando mamá tenía que

limpiarla. Eran cuatro piezas altas, muy altas, con piso de tabla, tablas largas que con tanta agua y tanto tiempo dos por tres había que reparar, serrucho, martillo, clavo. Parches. Abajo había un sótano fuera de uso que usaban cada tanto los ratones. Mineritos que subían para espanto de mamá, y ahí iba el Viejo con el Zapi a perseguirlos, escoba en ristre. Para las telarañas teníamos un plumero de dos tramos, un plumero gris, un ñandú en la punta de un palo, que se ajustaba a otro para llegar. Y el patio. El patio era el espacio verde. Las cuarenta plantas de mamá, que regaba religiosamente mañana a mañana, arrancando las hojas secas, saludando, comentando en voz alta sobre su estado, las conocía tallo a tallo, el semblante de cada hoja, la alegría del brote, alguna flor. Su orgullo era una que estaba en el centro de la mesa, «espuma de mar», crespita como la cresta de una ola, sobre un piso de baldosones blancos y negros, como un tablero, éste sí, fácil de limpiar, una barrida, trapo, y relucía. Ese patio era para vos, mamá, el único paseo. Vos, mi Vieja, que solo salías para ir al almacén o, en las fechas, al cementerio, tenías en ese patio, el paseo a domicilio.

Y con vos, mamá, me pasa como con la casa. Yo pienso en el patio y es como si pensara en vos o te viera a vos. Vos eras el patio. El patio y la cocina, con aquel primus que dos por tres se tapaba, e «¡Isaac!», y allí iba papá a manipular la latita aquella con una aguja en la punta y todo volvía a su sitio, el oído echaba a andar y la cacerola como Dios manda y el retorno del Viejo al taller y vos ahí, mamá, controlando la carne mechada, no se te vaya a quemar.

El patio y la cocina eran tu imperio, mamá.

Vos sos, en mi memoria, el aroma del tuco y las cretonas, vos sos la casa, mamá, cómo no se dieron cuenta de que vos eras la casa, que echarte a vos era echar la casa, cómo. Y sin embargo, al asilo.

Eso, mamá, lo supe en una visita. Me lo contaron en una visita, porque «yo tenía que saberlo», en esas visitas cuarteleras, por la frontera, barbudo, chupado, sucio, ahí me dijeron, desalojo, asilo, hogar de ancianos.

Y fue en el retorno al interminable territorio de dos por uno del calabozo, que comenzaron mis conversaciones con papá.

Acá los pensamientos rebotan. Las palabras pensadas, rebotan. Porque pronunciar, lo que se dice pronunciar, no dejan. Ni el grito, nada. En este territorio reina el silencio, infinito, tanto, que cuando se apagan las voces exteriores, ese toque de silencio —fíjate que para anunciar el silencio tienen que hacer ruido— cuando ese toque se produce —digo— uno acá, atento, puede percibir la actividad ruidosa de las arañas. Las arañas tejen, y uno percibe el chirriar de sus agujitas, y si por ahí les cae una mosca ni te imaginas el bochinche, la mosca se desgañita, el guardia le va a parar el carro, no ves que tocó a silencio, y ahí le cae ella, a la carga patas largas, hay que apurar la matanza que viene ganao por tierra, y le aplica el pentotal; cómo es que todavía no han sintetizado el pentotal arácnido como anestesia, no, se quedaron con la otra, esa especie de gas que te transporta en menos que contaste tres y que el laboratorio suizo o suizo-alemán o alemán te inocular, arácnidos de la medicina; y cuando la tiene bajo sus pies, Juanita —que así se llama— la succiona, absorbe, aspira, draculita del muro. Pues bien. Eso, todo eso, lo escucho. Tanto,

que me desvela. Me desvela el tiempo del coginche, cuando la araña macho la pastorea recorriendo las paredes del calabozo, siempre por el mismo trillo, a una velocidad que, salvando las proporciones, ni Jesse Owens, hasta que ancla en el rincón de las arañas y ahí se miran, ella es más grande, grande, y se miran, se seducen hasta que atracan y cruje la cama. En el silencio mandan los ruidos. El tableteo de las patas del bichito de la humedad —que dos por tres masco—, sobre el hormigón del piso, es un redoble rítmico, delicado, ideal para fondo de bolero. Pero lo que más suena es uno. Los bronquios, suenan. El cuore suena. El roce de los vaqueros chirria; todas las noches, cada vez más, duermo con ellos, vivo con ellos, envejecen conmigo, y chirrian, cada vez más, se quejan. Y si hay mosquitos, ni te cuento. Porque a las hélices se une la amenaza, la concentración de uno para ver cuándo se apagan porque se posan, helicópteros, coleópteros, qué sé yo, y ahí aterrizan y el manotazo, que cuando cae bien ensangrenta y las ondas de la palmada rebotan, como rebota todo, acá es dos por uno, oferta, te la vendo, regalo, canjeo, rebota. Rebota todo, Viejo, y te escribo para adentro, te conmino a que aguantes, vos que en materia de aguante me podes dar curso, vos, Viejo, a vos te argumento lo que ya sabes y no precisas, y te lo reitero, exijo, explicito, digo, para vos, Viejo, para que sepas que estoy en vos, que estás acá, que te lo digo para vos y para mí, para mí, que necesito como vos lo que te digo. Y es tan violento todo, todo tan intenso, que llegué donde estabas y vos estuviste acá y dos por tres venías y sé que yo estoy ahí y yo te oí y vos me viste y nadie lo cree, nadie entiende, y yo lo cuento o no lo cuento, lo cuento poco, a alguno que otro y no me animo a escribirlo, porque van a pensar que es verso, fantasía, imaginación. Que crean lo que crean, vos y yo lo sabemos y chau. Basta.

Hay una cosa que acá no hay, papá. Niños. No hay niños. No se puede vivir en un mundo sin niños. Y mi mundo, Viejo, no tiene niños. Así que cuando me llevan al escusado trato de traerme alguno. Allí te limpias, como en casa, el *Unzer Fraint* viejo y peludo nomás, acá tienen *El País*, un *País* viejo, arrinconado, tirado en el escusado, Viejo, mira qué rima, y lo refistoleo, me limpio y si se da, recorto un cachito con niño. Tengo dos. No son muchos, ya ves. Tengo dos. Varoncitos. Los guardo en el zapato. Andan conmigo, uno dos tres media vuelta, y los llevo a todos lados, ¡nos vimos cada partido!, y andamos a caballo. ¿Pero para qué carajo te cuento esto? Al pedo. A lo nuestro, Viejo, vamos. Tuya y mía.

Te han vuelto a desterrar, Viejo. Un destierro más. Tranquilo. Siempre has vivido en estado de destierro. En el pueblito polaco no fuiste más que un nativo en tránsito. Los pogromos dos por tres (más bien por tres) te lo recordaban, te lo recordaban, te lo recordaban a vos y a tus papas a tus hermanos a los sobrinos, a todos, no son nativos no son de acá acá están de paso chau. Y eso lo sabían tus papas tus hermanos, todos, por eso no abandonaron el idioma, papá; eran polacos, sabían polaco, era el idioma casi nativo pero no largaron el yiddish, sabías yiddish, lo hablabas lo escribías lo leías, y sabías de Talmud y Sholem Aleijhem, y eso lo trajiste contigo cuando te desterraste del pueblito y dejaste a mamá y a León, chiquito, muy chiquito para ver si había en América una tierra sin pogromos, no viniste a hacerla, estaba hecha, vos sabías que estaba hecha y

sólo querías saber, constatar que te podías afincar sin polacos con antorchas y vodka y gritos, que disparaban contra las cabañas de judíos y prendían fuego, y ahí fuiste a San Pablo y no te gustó porque llovía, y te trajeron para acá, no para un país, una tierra, no, te trajeron para un taller, y bajaste del barco y con el sombrero puesto y la valija en la mano te enseñaron, al entrar, cómo se dice «boinos días» y te dijeron «ahí», y ahí desenfundaste la aguja y calzaste el dedal y puntada a puntada, cien, mil, un millón de puntadas que fueron con las que fuiste construyendo el caminito transoceánico que trajo a la familia —mamá, León—, y bajabas la cabeza empecinado sobre las solapas y meta picar, con alegría y ganas porque los camaradas del taller bromeaban, reían, tomaban grapa y te enseñaban que la puerta se llama puerta y el botón, botón. Y vos canturreabas bajito, para adentro, las antiguas canciones yiddish, como yo murmuro, para mi fondo, los tangos que me ayudan a engañar el estómago y transportarme a casa, tu casa, nuestra casa, de la que te barrieron, viejito, tan viejito, con mamá.

Porque uno piensa que irse de un país a otro es cosa de valija, nomás. Que uno junta para el pasaje, compra el pasaje, y ahí le hacen la despedida, canto, regalos, «no te olvides de nosotros», «escribí», y comen y comen, y ahí te vas, arrastrando una estela de nostalgia, apretando la manija de ese cajón con remaches de metal, armado con cartón duro imitación cuero, valija de pobre, apretando como si tuvieras el futuro en la mano, no se te fuera a escapar, la ilusión de que en esa manija está todo y no lo puedes soltar, te vas, te venís, para llegar a una casa de alquiler compartido con dos piezas todas tuyas, taller y dormitorio, y patio con plantas y pajaritos, eso, nada más que eso, tu América era eso. Esa casa, ese territorio que fuiste conquistando pieza a pieza, escalón por escalón, hasta el altillo, y finalmente plantaste bandera, y eras titular y tenías garantías, y a veces, cuando la temporada no andaba, cuando la ropa de confección entró a invadir el mercado como hamburguesas de cuarta y vos te resistías porque eras de «medida», alquilabas alguna pieza, el altillo, pero no te gustaba, no les gustaba, la casa era para vos y mamá, para mí, papá, y para León, que no estaba, que hacía mucho que no estaba y seguía ahí, en el silencio que sonaba como un clarín mudo a partir de las nueve de la noche, después que vos cenabas un tazón de leche caliente en la que derretías una cucharada de manteca y terminabas el pan de ayer «que es mejor», decías. Y a dormir todos. Pero una casa es mucho más que cuatro piezas, patio y altillo. Una casa es mucho más que los recuerdos y los recuerditos, como aquel en que una mañana me fui a calzar las alpargatas y algo me cosquilleaba y de allí salió la cucaracha negra más grande del mundo. La casa era Gabriela que le venía a tomar la presión a mamá todos los días y a hablar del hijo; la casa era el Mono que cruzaba frente a los balcones a paso ligero porque los diarios pesan, y en medio del grito del canilla, preguntaba una y otra vez, hasta el infinito, y simplemente, «¿Mauricio?»; era la consulta de Armonía sobre los bizcochitos de miel o la salud de las cretonas, y el grito de Gutiérrez, «hoy juega, doña Rosa, a ver si tenemos suerte», y sonreía, y vos «vamos a ver», y no hablaban de redoblona ni tres cifras, porque todo, cretonas, bizcochitos, todo, hasta el «¿me acorta un saco, don Isaac?», todo, todo, era un «ya va a venir, ya va a venir, doña Rosa».

Ahí está, ves. La tierra conquistada, la prometida, la de cuatro cuartos y un altillo, estaba poblada de vecinos, de barrio, de consultas y consultitas sobre cómo hace esa masa o si se puede ensanchar el pantalón, todo tenía un tema elíptico, un sujeto elíptico, mira qué sujeto, Viejo. Entonces el desalojo fue un destierro, otro destierro más, Viejo, ¡quevachaché!, el país vivía en estado de pogromo cotidiano y todo el país era un destierro; y ahí fueron a dar a la «ciudad de los bastones», poblada de viejitos que, como vos, fueron desterrados de la vida, como los de Quiroga, y ahí se juntaron, con jardín y sinagoga y apartamentitos chiquitos donde no podían entrar ni la Singer ni el jaulón ni las plantas, nada, y los atendían bien, y había húngaros que hablaban yiddish, y otros polacos que hablaban yiddish, y rumanos y todos, hasta el repartidor del *Unzer Fraint*, que también estaba allí, y para todos fue el retorno al yiddish, que era el idioma oficial de esa ciudad de desterrados, donde ni vos ni mamá querían salir de la pieza —«¿para qué?»—, ni las horas del día se escalaban con Gabriela que venía por la presión, ni el quinielero, ni Armonía, chau. Ese era otro país, aunque cada tanto viajaban y eran una visita; pero en la casa no eran visita, eran de la casa, eran la casa; y no tenían dónde sentarse, porque no había patio, y el dormitorio era justito y ahí llegaba Walter con las alitas de pollo, porque la comida de la «ciudad» no te «iba», y se hacían un caldito con sabor a puchero de gallina de los días en que estábamos todos, y todos juntos.

Todas las palabras tienen sortilegio; algunas, misterio. Son las que esconden una llavecita que acciona sobre la memoria cuando escapan del cerco de los dientes. Digamos que el «ábrete sésamo» que hacía chirriar sobre sus bisagras la roca de la cueva es una recreación, casi una recreación literaria de la palabra con la que, cuando a Cambronne los ingleses le reclaman su rendición, después de la pifiada napoleónica de Waterloo, el hombre responde al discurso: un «Merde». Así, sin énfasis. No necesita. Y las sílabas —cuenta— son dos, y lo que encierran, una vez accionada su cerradura, es la poesía del coraje. Yo tuve, mamá, la misma sensación, pero menos gloriosa, el día que pronuncié su traducción al hispano-parlante oído. Fue en el séptimo de caballería, en Santa Clara de la Frontera. Mira qué operativo: abren la puerta, donde quedan dos armados a guerra, un tercero entra un banquito, un cuarto me esposa y sienta, y la voz del oficial (voz oficial) me dice: «Te vamos a cortar el pelo, si miras para el costado, chau». Y acciona el cerrojo de la 45 contra mi sien, y queda amartillada con bala en la recámara, y a la mierda abanico que se fue el verano, el alférez este está en *cowboy*, y en cualquier momento se le escapa un chumbo; y fue entonces que me murmuré, como un saludo final, cordial, la retirada, el chau no va más, por si las moscas: la palabra.

Vos tenías una, mamá. Recuerdo la última vez que la dijiste, que no fue la última, digo la última con fuerza de impresión, y aquí la tengo. Fue, además, la primera del reencuentro, cuando te fui a ver, la noche que retorné a la vereda soleada, al Hogar de Ancianos. Hacía años que no te veía, ni a vos ni al Viejo, ya no estaban para visitas cuarteleras, las piernas, el corazón, los años, la vida, quién sabe lo qué, pero estaban ahí, acostados, remando todavía contra el tiempo hasta ver el regreso del Hijo, cuando ya no veías bien ni entendías bien, por eso el Fito entró y dijo, como para aventar la cerrazón, «aquí se lo traigo, doña

Rosa», y vos me reconociste, me viste, y en tus labios se movilizaron músculos adormecidos por años, y prologando la palabra del reconocimiento, sonreiste. Esa palabra, mamá, que despierta la historia de una vida, la razón de una vida, maravillosa razón, que fue parte de la mía, que es mía, así, como la dijiste, como siempre la dijiste, como dijiste todo en tu vida, como sentiste, tal vez, todo en la vida, mamá, entre signos de interrogación.

Sólo una vez dijiste tanto sin decir nada. Fue cuando, de regreso del hospital, te instalaron en la enfermería, en el primer piso del Hogar, iluminada, con un ventanal enorme que daba a las enormes copas de los plátanos. Te habían bajado de la cama y estabas en silla de ruedas, te habían peinado, «mire qué coqueta que está doña Rosa, claro, hoy viene el hijo». Y fue, y fui, y no sé qué dije, qué cosas dije pensando, en cada una que enunciaba, si oías, si la oías, y al fin salí y ya en la calle, desde la vereda de enfrente, te busqué detrás del ventanal, y la enfermera me vio, y te pusieron frente a la ventana y te decían lo que leía en el gesto, «allí, allí, salude allí, doña Rosa, el hijo está allí», y vos que mirabas como que mirabas, y yo abanicando el brazo con ganas de ver en tus pupilas el reconocimiento, y alzaste la mano, la mano que amasó tantos bizcochitos de miel, alzaste la mano, y mirando hacia no sé dónde, diste satisfacción al pedido de las enfermeras, y yo me pregunté qué saludabas, a quién saludabas, a quién viste de pupilas adentro, y pensé que veías la casa de Gonzalo Ramírez 1395 cuando estábamos todos, todos los de acá y los de allá, todos, y tal vez la voz de Faníntez, que subía por Santiago de Chile con el medio-mundo al hombro y la lata de cebo repleta de majuga de pejerrey, gritando a las vecinas «quedó pescado, vecina», y era la anunciación diaria de Faníntez, que dejaba en la escollera las lisas de cabeza roma y boca desdentada, que nadie apetecía porque se pescaban en la boca de los caños; «¿y si se lavan?», y allí ibas con León, calle abajo, a cuadra y media del mar, mientras papá fabricaba ojales con el cordonet, y el Fito y yo gastábamos un único triciclo que él manejaba y yo me paraba atrás, porque tenía pedales fijos para pararse atrás, que no eran pedales, eran estribos, pero para mí pedales porque era una manera de tener triciclo y manejar, parado, como capitán de una nave. Tal vez vieras eso, eso que fue el instante más pleno de tu vida, simplemente porque estábamos todos, y para todos traías la lisa más gorda, todavía boqueando, que descamabas, abrías, lavabas, y picabas su carne con pimienta y pan viejo en leche y huevo y sal y un poco de azúcar, para que culminara en esas albondiguillas de amarillo celestial coronadas por una rebanada de zanahoria, mamá, cuánto daría yo por volver a comer tu *guefilte fish*, festival de la gastronomía materna, santo y seña del judío en cualquier parte, como santo y seña del reconocimiento fue la noche del regreso, que sí me viste, que me viste después de milenios como si milenios no fueran, porque llegué como si hubiera faltado dos días, vos acostada, papá a tu lado, yo al pie de la cama antes del abrazo que fue sencillo, un beso leve, porque la palabra fue todo, fue el todo como antes, como siempre, la raíz de tu razón, la palabra entre signos que nos volvía al siempre: —¿Comiste?

Uno tiene, mi Viejo, uno es poseedor, papá, de lo que podríamos llamar o denominar un pensamiento racional. De ahí que en materia de bola, diera poca

a las situaciones, anécdotas (para mí nunca pasaron de anécdotas), de las historias extrasensoriales, comunicaciones telepáticas, el «yo ya estuve aquí una vez», esas cosas. Me encontré con el tema y con gusto en la literatura. Jamás en la historia, que es ciencia. En la historia nunca se vio que Napoleón recibiera una voz que le anunciara «no te bajes del caballo, raja», cuando Waterloo se le iba a la B, ni Trotski tuvo la intuición o anunciación de que Mercader venía con el encargo. Jamás. Algo hay en las fantasías histórico-religiosas; pero hay mucho cuentito, palomita blanca vidalitay, que te anuncia el fin de la menstruación y el embarazo, o el palito de Moisés que ya quisiera el Hada de Pinocho. Te dejo de lado el historial barrial, el «me vino como una cosa, vecina», y se le dieron las tres cifras. No. No a la menina santa a quien se le incorporó el espíritu de no sé qué curandero alemán y ahora te receta en el idioma de las walkirias, aunque no tiene la menor idea de dónde queda el Rhin, o el otro que recibió a un cirujano y te opera con el cuchillito de pelar papas, como si nada. No. En cambio, en la literatura, sí. Desde la muchachita de Thomas Mann, que se desmaya en una escalera al recibir el impacto de la muerte de su hermana, sin haber llegado a recibir una carta que venía en viaje donde solo se anunciaba la enfermedad; hasta el caso conocido de los hermanos Corso, de novela. Pero también en Yeats y Priestley y Chesterton, con aquel personaje contemporáneo que al ver pasar, desde la baranda de un puente, un navio cualquiera, ríe y pronuncia palabras que no conocía pero que su acompañante descifra y eran de un gales antiguo y marinero. Sus ancestros, Viejo, eran navegantes. Él, hoy, sólo dactilógrafo. Vos perdóneme, papá, pero tu historia del pueblito nunca la tomé en serio. Eso de que la vecina gritara a las dos de la mañana de que a la madre la habían enterrado viva esa misma tarde, y que el berrinche que armó fue tal que fueron al cementerio, con farol y pala al hombro, y vieron que la mamá estaba muerta pero no cuando la enterraron: se había comido los dedos y en el cajón había sangre. Vos contabas, Viejo, que estabas ahí, que eras vecino, que fuiste con ellos. Pero a mí me salió el racional, y dije o te dije o me dije, «anda a saber», «leyenda de pueblo chico, tipo lobizón de fogón gaucho». Más te digo. Cuando desde acá se me empezaron a dar algunas cosas, como aquel sueño en que llevaba a la nieta, Viejo, a conocer La Paz y la lápida de granito de León, y ella en una visita me contó que había tenido un sueño en el que paseaba en un parque conmigo, pero que no era un parque, y cuando terminó de contarme el sueño, hizo una pausa de punto y aparte, y me preguntó, sin asociación, dónde estaba enterrado León. Casualidad, pensé. Hasta que, claro, se empezaron a dar otras, y me dije «anda a saber», y hasta me cité a *Hamlet*, «hay más misterios en el cielo y la tierra de los que caben en tu fantasía»; pero nunca más allá. Nunca la racionalización científica del hecho, si es que era un hecho, porque ahí, papá, vivías sin sol ni estrellas ni libro, media ración y un territorio en el que una vuelta colocaron una tarima que no te autorizaban a usar y entré a vivir parado, como en un 130 lleno a La Paz, que nunca llegaba a destino, así que mi territorio real era la imaginación, la fantasía, la locura reglamentada en la medida de lo posible. Entonces —¿emendes?—, esos acontecimientos, si lo eran, esos hechos o más bien anécdotas, estaban en la frontera entre lo real y lo que no.

Hasta que llegó La Palabra.

Vamos, Viejo. Tranquilo. Vamo arriba, Viejo. Vos te bancaste la trinchera de una guerra reglamentaria, corraste, cazaste y destripaste la rata que te había comido la ración y te la reciclaste; vos fuiste un desaparecido, mamá te lloró, era tu novia, casi niña, y todos; y un día volviste y fuiste a la sastrería de Lublin, y te dieron una limosna hasta que documentaste tu carnalidad y lloraron y te diste un baño y te dieron ropa y comiste y volviste a tu puesto de trabajo, meta aguja, nomás. Vamos, Viejo, no te me achiques por esto, vos, que cada vez que me veías en la cama de León pensabas en León, vos, que acompañaste a mamá que desde aquel día nunca más tuvo una sonrisa, vos, papá, nunca supe qué esperabas de mí, qué quenas de mí, que viviera nomás, que fuera, porque ya no había nadie más en tu vida, todo tu bosque familiar talado, incinerado, nada, solo la memoria de los últimos días que te fue llegando en cartas de Pandora que no guardaban en ningún rincón ni el ínfimo huevo de la mariposa de la esperanza. Vamos, Viejo. No te quedés. No te me quedés, te necesito. Aunque más no sea que para que llores en una visita, como aquella, en la que, como en otras, hablaste bajito, como para vos, nomás, porque nunca me dijiste nada, ni un reproche, ni una queja, y recordaste entonces que tu mamá se abrazó a los dos niños, tus sobrinos, chiquitos, a quienes venían a buscar para extraerles sangre, toda la sangre, porque claro, los soldados necesitan, y ella no los quiso soltar ni los niños desprenderse, 7 los SS ucranianos perdieron la paciencia, es lógico, y con los mangos de pico con que guardaban el orden, los callaron, porque gritaban «no... no» y lloraban, y era insoportable y nunca más, para que aprendan. Te necesito para eso, no i te me quedés, papá, ahora que volviste a perder territorio, vecinos, canarios, el plátano con clavo, frente a la puerta, donde soleabas el cardenal, no Viejo, vamo arriba. Arriba, Viejo, yo sé que una vuelta dijiste, para vos, siempre para vos, nunca a mí, solo esa frase que es todo y para qué más: «Nunca pensé que mi vejez iba a ser así».

Y ahora me dicen que me viste. Que; fuiste con mamá al comedor común del asilo, que no querían, que no querían salir de ese apartamentito limpio, limpito, con dormitorio y baño, con una mesita y un rincón con calentador, que no quieren salir, que quieren estar ahí, que la comida también se reparte, que Walter les trae alitas de pollo o de gallina, más bien de gallina, pero que no quieren salir; pero ese día sí salieron, y la Directora, que es buenísima, les ofreció el lugar que quisieran, pero siempre con otros, y fueron a una mesa donde había otro habitante de la «ciudad de los bastones» que nunca hablaba, que vivía para adentro nomás, de donde no quería salir, como ustedes del cuarto, y allí se sentaron, eran tres en una mesa, y fue cuando se abrió la doble hoja de la puerta transparente y yo entré, y vos te paraste y viste que los buscaba y no los veía y te pusiste pálido, y yo tenía aquel traje azul marino derecho con tres botones que fue el último, y mamá nada y el otro habitante de la mesa nada, sólo yo que entraba y los buscaba y te buscaba y no te veía y vos sí, dicen que pálido, parado como si estuvieras en la cabecera de una larga mesa familiar poblada, y dijiste aquella frase que, por el momento, la voy a guardar, que la guardo para todos los momentos, para siempre, pero que en este párrafo no la voy a pronunciar, y que es la llave, es una llave, una clave de La Palabra, la clave de La Palabra, que tanto los preocupó porque eran racionalistas como

yo antes, y claro, te querían, te cuidaban y te llevaron al médico.

Lo que nunca pude, mi Viejo, fue vivir en vos del lado de afuera. Siempre me costó, porque uno imaginaba el afuera, el Más Allá del Muro, como una calle con sol. Y la Casa, papá, un patio ajedrezado como el de mi escuela —son de la época, fija, que la misma empresa, el capataz, todo, igual— donde, en cada casillero, danzaba, en su sitio, una planta. Las que surgían de una maceta venían en giros, casi como un trompo. Y las que brotaban de las latas de aceite Óptimo, que mamá forraba porque ya les asomaba la herrumbre, estaban, como quien dice, bien plantadas, aguardando turno para danzar. Y entre la maleza, aquel juego de patio, de madera terraja, pintada a domicilio, barnizada, de lo más fino, dos individuales, que tenían para apoyar los brazos, y uno de dos plazas, donde se sentó aquella pareja que no hablaba español y quería aprender, venían aprendiendo, aprendiendo lo que fuera, porque venían de allá y habían estado con la familia, la nuestra, o alguno de la familia que antes de marchar al horno, les dijo, «recuerda, mi nombre y Uruguay, a ver, repite», y ahí estaban, y yo era muchacho, y mamá me llamó y le dijo a la señora «mostrale, mostrale», y ella se remangó, y era, en azul, como un número de teléfono que no se borra. La mesa del juego era redonda, y tenía una carpetita y en el centro una de esas macetas vegetales de no sé qué árbol o planta que traen de Brasil, y allí, como un cachorrito preferido, desbordaba «la puma de mar», porque nunca pudo mamá pronunciar «espuma», y ahí estaba, crespita, abigarrada, de hojas pequeñas, cresta de ola, corderitos verdes. Entonces, papá, no sé si me explico, si vos vivís en el Afuera y el afuera es todo eso, lo que no puedo es vivir en vos lo que vos vivís cuando yo no estoy y vos no sabes dónde; cuando por tres o cuatro meses los tienen de aquí para allá, y aquí no está ni allá, no sabemos, no está, no estoy, «está muerto», hasta que te dicen sí, y vas con la Vieja hasta el culo del mundo para verme diez minutos, gastando en pasaje los ahorros de la pensión, cargando una fruta que nunca me entregaron o que me entregan cuando se termina de pudrir, y algún *Gráfico* que te regaló el Mono, con el que se quedan y nunca jamás vi, como la yerba, del mate que no autorizan. Y allí vas a dar, van a dar, el ómnibus llega al pueblo a las 8 y 32, y se bancan hasta las once, porque a partir de ahí corren los minutos del encuentro quincenal; pero te tienen, los tienen a pie firme hasta las doce o la una, y ahí escucho el alboroto, «se desmayó un viejo», y no te asocio, ni desmayado ni viejo, mi Viejo; y luego, meses, años, no sé, pero en un tiempo del después, que sí, que te desmayaste, que te fuiste recobrando y del bolsillo del chaleco sacaste una pastillita, y «agua, agua» que no pediste, y te la trajeron y te pusiste la pastillita bajo la lengua y tus primeras palabras de la resurrección fueron: «De ustedes no quiero ni el agua».

Nos veíamos en la frontera, papá. La visita era la frontera entre el Afuera, ese afuera en el que no puedo entrarte, para sonreír en vos y en vos caminar por la vereda al sol, y este otro territorio, este enorme, infinito desierto en dos metros cuadrados, mi Más Acá. Y nos encontrábamos en esa línea divisoria de los mundos, en la que vos llegabas al borde de mi universo para ver si aún estaba en órbita y eso para vos era como contemplar el sistema solar entero, y se te veía la sonrisa pequeñísima que te venía solo por verlo, por verme, entonces

yo veía eso y no tu resto en el Afuera. ¿Ves? Eso es lo que te quiero decir ahora, que te han vuelto a desterrar. Eso. Que el músculo del corazón lance a los labios, como siempre, para siempre, ese dibujito de la sonrisa.

Fuerza, mi Viejo. Cuando uno cuenta los naufragios es porque no se ahogó. Fuerza. Hemos navegado mucho, durante muchos años, en los muchos —al cabo de los años— minutos de la visita. La visita fue para vos y para mí, el Mar del Encuentro. Y allí montábamos nuestra propia balsa y meta remar recuerdos. Tu Afuera y mi Más Acá se juntaban en ese mar que separaba dos continentes. En él sí, ahí sí, en esa frontera sí pude estar en vos. Así que estas líneas son, papá, como quien dice, los Cuentos de la Frontera.

Y allá en el asilo, papá, todos, tan viejitos. Tan huérfanos, Viejo, tan huérfanos de la vida exterior, huérfanos de vida exterior, todos, allí; aunque a veces el tiempo se detenía en el jardín del fondo y una pareja volvía a ser del mundo, una mirada a través de los lentes, una sonrisa coqueta, y así el del 2 con la del 14 vuelven a ser novios, entre ellos, novios, y hablan con la Directora, que pregunta sobre la seriedad de sus intenciones, y es una historia de amor que culmina en casamiento, con fiesta, y ella de blanco en la sinagoga del Hogar y habrá cambios en los alojamientos porque van a vivir juntos. Era un acontecimiento. Pero, por lo general, el tiempo seguía de largo y más bien se detenía para llevarse a alguno, como los fue llevando a ustedes, que lo esquivaron «hasta ver al hijo». Yo creo, papá, que los viejos se mueren cuando quieren, por eso vos y mamá, tu «cachivache», como le decías, se lo tomaron con calma y bancaron, aguardaron hasta esa noche, nochecita, cuando mi cuerpo real transpuso las muchas puertas, custodiadas, muy custodiada la primera, que fuera de hora no se entraba; la «ciudad de los bastones» dormía con un ojo abierto, ha pasado tantas veces en tantos lados, nuestros viejitos son sagrados, que nadie los toque, porque ya han sido muy tocados, y sobre todo por vos y mamá, Viejo, porque la Directora recibía llamadas telefónicas, muchas llamadas que nunca te dijeron, «saquen de ahí a esos viejos de mierda, a los padres de ese hijo de puta, los sacan o les ponemos la bomba», y nunca te lo dijeron, y hubo reuniones, sesiones, consultas, «y de aquí no se van», y no se fueron, no los fueron de la última Tule, bendita Raquel y todos aquellos que pusieron más vigilancia, «pero de aquí no se van».

¿Cómo será, cómo es el tiempo de la memoria en el perro? Yo me pregunto, un perro, ¿cuánto tarda en olvidar? ¿Olvida? Uno —un suponer— sabe un idioma, todo, la gramática, lectura, todo. Por diez años deja de conversarlo, oírlo, leerlo. Pero ahí, de buenas a primeras le aparecen los interlocutores idiomáticos, los libros en esa lengua, las películas. Y el idioma está ahí. Chirria un poco, trastabilla la memoria, pero anda. Con la bicicleta, no vaya a creer, pasa igual. Luego de peludear en los días de niño (estos dos que tengo en el zapato andan sin tocar el manillar), hasta que nos quitan las dos rueditas del equilibrio, luego de algunos porrazos, llantos, eso, luego de diez años sin pedalear, uno monta una chiva y ahí sale, 'como si nada. El idioma y la bicicleta tienen memoria fuera del tiempo. El tiempo pasa y ellos ahí. Los retomas en cualquier momento, y «vio, vecina, ¡si parece que fue ayer!». El perro no sé. Me pregunto, nomás. Uno tiene un perro, le menea la cola, se le

sienta al lado, se arrellana, salen juntos. No se va, no se separa. Pero un día a uno lo borran, ¿y el perro? Tiene otro compañero, le llena el plato, lo pasea. Y el perro, ¿se acuerda? Cuando uno regresa, ¿el perro salta? Uno lo quiere al perro y viceversa. Una vuelta, en un cementerio de mascotas, en una lapidita vi este epitafio: «Toni, si los perros no van al cielo, yo al cielo no quiero ir». Y firmaba, fíjese usted, «mamá». El Argos de Ulises es medio literario. Cuando vuelve a Itaca, al héroe no lo juna nadie, salvo el perro. ¿Uno conservará el olor por tantos años? ¿Lo conservará el perro en las narinas? Vaya a saber. Hay muchas historias de perros. El irlandés aquel que tenía un mastín que se lo vendía a cualquiera que no se embarcara; vivían en el puerto. Y todo porque el perro que vendía pegaba la vuelta y vuelta a venderlo. El Zapi, ¿te acordás, Viejo?, se mandó una.

El Zapi fue el regalo más lindo que me hiciste con mamá. Yo era botija y había ido al Estadio. Al regreso me lo encontré, cachorro, contento, me regalaron una alegría, el perro era una alegría («pero el que lo saca soy yo», rezongabas, papá), y tenía una mancha negra en el lomo, detalle fundamental en caso de desaparición (yo quisiera tener una mancha así), y por si fuera poco, un ojo y una oreja en blanco, y el otro ojo y la otra oreja, en negro. Gabriela decía que tenía un ojo triste y un ojo alegre. Mi perro se llamaba, en realidad, Bibiano Zapirain, en honor del puntero izquierdo de Nacional que me lo venía de ver a cinco metros, desde el talud de la Amsterdam. En familia le decíamos Zapi, entre los íntimos, digamos. Una vuelta, la única, nos fuimos a pasar un fin de semana a una quinta donde te daban de comer para que te recuperaras. En el desayuno, por ejemplo, te daban un huevito pasado por agua que yo sólo pasaba frito. El lugar se llamaba Quinta Marcusse y estaba junto a un arroyo, donde comienza Canelones y pasa el 130. Por esos dos días le dieron la custodia del Zapi a una señora que vivía como por el Cerro, y cuando al retorno (el nuestro) se lo pedimos, dijo que se le había escapado y un auto lo había matado. Una punta de días después almorzábamos en la cocina, como siempre, y como siempre en silencio. Y sentimos como un rasqueteo en la puerta cancel. Nos miramos. Cesó el rasguñar. Alucinación auditiva. Seguimos comiendo. Volvió el rasqueteo. Mamá, casi enojada, le ordena a papá: «¿Por qué no vas a ver?». Y el Viejo va y corre las cortinitas del vidrio y vuelve y «no es nadie», como con fastidio, y se sienta y el rasgueo vuelve. Vos, Viejo, tenías como un no sé qué, tenías como un temor, no un temor, «una cosa». Entonces me levanto yo, y voy y miro por la cortinita de la cancel, no hacia afuera, hacia abajo, porque el Zapi, cuando vivía, salía hasta la esquina, solo, meaba, se comía algún pasto del campito, y al retorno se anunciaba. Y hacia abajo estaba, flaco, agotado, sucio, con una pierna quebrada. Y entró como todos los días y se fue a un rinconcito donde yo, jugando, le había enseñado a pararse en dos patas, y ahí fue y trató de hacerlo, pero se caía, porque tenía una pata rota. ¿Por qué te cuento esto, papá? Ah, sí. Para decirte, nomás, que, cuando volví a las veredas con sol sentí como que nunca hubiera salido de ellas.

No sé cuántas veces te anduve rasguñando la cancel, Viejo. Y no sé, o sé, cuántas veces me sentiste. De noche, en el dormitorio calentado a primus y maceta, de noche, cuando mamá calentaba los pies con el porrón, que era

mucho mejor que la bolsa, de noche, papá, no muy tarde, a las nueve, silencio. En ese silencio, papá, cuántas veces me oíste rasguñar la puerta.

Como esa otra que atravesé sin rasguñar y vos me veías y veías que yo no, yo que en materia de encuentros y puertas las tengo todas; pero esa no, no la tuve, no tenía cómo, y sin embargo para mí, puerta, lo que se dice puerta, la de casa. Señorial, alta, muy alta, pesada, con molduras y dos hojas, que se abrían de par en par (¿de dónde vendrá eso de «de par en par» si, como es el caso, puerta y par sólo hay uno?) cuando mamá lavaba la entrada, esa entrada con un escalón de mármol gastado, muy gastado hacia el costado de más uso, luego dos escalones, siempre en mármol, el zaguán fresco, umbroso, y la cancel, con dos cortinitas finas y un pasadorcito como de aparador para impedir el paso así como así. En la puerta había una delicadísima manita femenina de bronce, con unos dedos lánguidos, románticos, que sostenían —de lo más erótico— una bola de oro, en bronce, que reposaba en una base de metal también dorada, donde golpeaba la bola cada vez que se alzaba la mano que en un tiempo cualquier casa tenía pero que entonces ya no, la nuestra sí, solo la nuestra, hasta que chau, no va más, voló la mano para posarse, en fija, en alguna casa de Tristán Narvaja o Ciudad Vieja, compra-venta de antigüedades —mire qué linda, señora, para el escritorio, qué pisa papeles—. Mano que, cuando botija, sirvió para enloquecer a Patricio, que vivía solo, y era alto, antiguo, de bastón, y siempre pensamos que iba para el cementerio, tenía un no sé qué que daba cosa, el andar, el sombrero, no sé. Y él tenía una mano en la que atamos un hilo Cadena, que era la marca que vos usabas, Viejo, y yo te plante una bobina a pedido de la barra, para eso, para atar la punta en la mano de Patricio, no la suya sino la que golpea, y sentarnos en el cordón de la vereda de enfrente y tirar del hilo y golpear, y hacer que Patricio abriera para ver quién era y nadie era pero podía ser; como no fue y fue el día que entré al comedor, pero sin golpear, de lo más normal pero en el aire. Había una ventanita, ¿te acordás?, con rejilla, todo en oro, para ver quién venía; la de Patricio no tenía, por eso abría. Eran rejitas horizontales que mamá hacía destellar a brazo y brasso, como ese semicírculo enclavado en el mármol, todo para que el pasador vertical se ensartara ahí del lado de adentro, claro, y dejo para el final esas dos manijas, torneadas, en bronce, con dos placas en la base, del mismo metal y al tono, rodeadas, totalmente rodeadas por una nube oscura o no tanto, no amenazante, flotante más bien, que daba una sensación más grácil al manubrio que, sin eso, podía ser para transporte de féretro; pero no, esa sombra era de la franela con brasso que al lustrar mamá impregnaba y auroleaba en nube el manubrio que, al salir uno, los sábados, creo que sólo los sábados, cerraba de un golpe, y tu voz de adentro, Viejo, «¡no golpiés la puerta!», y ahí arrancaba para la milonga, con ese traje azul marino de tres botones y los pantalones del conflicto en que medió mamá porque los bajos se usaban «bombilla» (cómo voy a ir a la milonga con pantalón que no sea bombilla, Viejo, nadie me va a dar bola, ninguna piba, los bajos «14» son una contraseña, papá y vos que no, que «hasta 22», y mamá, «¿y por qué no un poco menos?», y fue un poco menos pero no catorce, como en una transacción comercial o territorial); y ahí salía, con zapatos negros en punta a sacarle viruta al piso. La puerta, entonces, para mí, la puerta que yo

tenía que abrir y/o atravesar, era esa. No la vidriada del comedor, no. Era esa, la de casa. Y casa hay una, esa.

En un diccionario de ideas afines el concepto de «puerta» está asociado al de casa. Pero no. Yo duermo de cara a una puerta, yo vivo de frente a una puerta que tengo sólo a mis espaldas cuando los tres pasos cortos me llevan hasta el rincón de las gallinas (o del bataraz), pero ahí me mando la media vuelta y la puerta, que es hermética, consistente, gorda, donde a veces llego con mis nudillos tímidos «para ir al baño» porque me meo y no doy más, me estoy cagando, y nada, es una puerta indiferente, con un agujero no más grande que una moneda, por donde me tienen bajo la vista, y les veo el ojo que sonrío o vigila o vigila sonriente; mi puerta, hoy, es eso. No da a ninguna casa. Y sin embargo, cuando me sacan quiero pegar la vuelta, ni bien salgo, ni bien me manotean para sacarme, ya quiero pegar la vuelta; el mundo exterior, mi Viejo, me es muy hostil. Y quiero volver, a estos dos metros cuadrados, cubil, refugio, madriguera, nicho, donde una puerta-tapia me tapia herméticamente y en la que nunca percibí la ausencia de algo, fijate vos; y que sólo lo hice la primera vez que me enfrenté con uno real, tangible, cuando volví a la vereda soleada de sol, de ese que amanece y entibia, que se reclina en el horizonte derramando naranjas y lilas, no el sol que pienso, que pensé por milenios, no ese, que ya fue, el sol, ese sol que la palabra lo dice: sol. Pues bien, ese día encaré una puerta. Me paré frente a una puerta. Tuve que atravesar una puerta, transponerla, tuve, papá, que abrir una puerta. Y no lo hice. Me paré frente a ella, la encaré, estuve a punto de amenazarla con los nudillos tímidos, aguardando a que la abrieran, papá, yo no abría puertas, nunca las abrí, olvidé que uno abre puertas, que puede abrirlas, que tiene integrado en su ser el reflejo condicionado de que al enfrentar una puerta se suelta el resorte muscular del brazo y la mano, exacta y puntual, se dirige y toma el pestillo. Ahí está, ves. La puerta de acá no tiene pestillo. Eso es lo que te quería decir. Lo que te quería decir, que había olvidado y no lo percibí. Que lo percibí cuando, al retornar al sol, recuperé, reintegré eso, que ningún poeta ha cantado porque nunca lo tuvo en falta: el pestillo.

Y uno acá camina, Viejo, y los niños del zapato se deshacen, se arrollan, y sus rostros de diario viejo se arrugan en rollitos que se desmenuzan y hay que salir a buscar otros, capturar otros en ese escusado de mierda, si por lo menos dejaran entrar una revista, cualquiera, vieja, para recortar, esconder niños de relevo que te calienten los pies, porque el papel calienta y uno siente que anda por un parque y «llévame a las hamacas»; por eso te digo, hay que cuidar a los niños, como tu vecina del Hogar custodia el portarretratos, Malka, que volvió del último círculo, el trabajo te hace libre, donde murieron todos, aun los que volvieron, ella, viejita, a quien le arrebataron su pequeño, muy pequeño, y vio, los vio cómo deshacían cuatro años de vida, asombrado el niño por ese juego que terminó con él y con ella, papá, que mece, tan viejita, un portarretratos, y canta, dulce, muy dulce, en el idioma del asilo, en el yiddish sobreviviente de todos los sobrevivientes «*papirene kinder, papirene kinder*», mientras lo mece y lo reclina, tan viejita ella, tan muerta, papá, y canta, «hijos de papel, hijos de papel», y llora. Solo llora.

La memoria es como una hoguera. Es probable que los primeros hombres

tuvieran la misma concepción, y que todas esas hipótesis antropológicas, arqueológicas, sociológicas, de que el fuego se encendía para calentarse—y lo era— y para iluminarse y para cocinar y todo eso, lo era. Era para que no se les vinieran otros animales, lo que no es muy convincente, porque si uno acampa hoy por hoy junto a un río, pongamos por caso el río Negro, los zorros se arriman, rondan, ríen. Yo no conozco las costumbres de las bestias del Jurassic Park, pero sí de los zorros. Así que no sé si los grandes saurios eran fogoneros. Lo que sí se sabe de nuestros abuelos cavernícolas es que se juntaban en torno a las llamas, pero que, además, además de lo que se ha dado en llamar «la veneración del fuego», veneraban la memoria. De pronto no tenían mucha porque eran los primeros, pero dudo que en algún momento los primeros pensaran que lo fueran, porque del barro, Dios, no se nace. Y hay testimonios que dan fe de su afición por los recuerdos. Los frescos de la Cueva de Altamira fijan el acontecimiento esencial de la familia, la tribu: me refiero a la caza, el abrigo, el churrasco, la cornamenta para utensilios, los huesos para flautas. El tótem es, básicamente, la remisión al acto memorable: el del oso por haberlo cazado; la flecha, por el combate victorioso; lobos, tigres, ballenas forman la estirpe del tótem, con el que se identificaban los nonos y les transmitían a los nietos: «Entonces el león se me vino pero yo...». Estas historias las contaban en torno al fogón, como los gauchos. Tejían realidades, leyendas, tragedias, historia, poesía. El fuego se las inspiraba, se las guardaba, las memorias se conservaban en la hoguera que, a su vez, los inspiraba: los platos limpios, la noche oscura, vamos a contar, sentarnos, recordar. Las llamas en las pupilas avivan las memorias. En su obra, *En busca del tiempo perdido* (mira qué búsqueda), Proust menciona la preocupación de los arqueólogos por un extraño hallazgo: en una excavación habían encontrado los restos de una tribu de galos con cráneo hundido, esas cosas. Habían sido derrotados en alguna batalla con otros que los caminaron. Pero lo que les llamó la atención fue que junto a los cuerpos, más bien osamentas, se encontró un montón de piedras talladas como totems, meticulosamente partidas. Era estilo de los galos portar su emblema en forma de collar (oso, tigre, lobo); el referente de su memoria, en suma, su memoria. ¿Por qué las piedras ahí, y así partidas? Porque no bastaba con matar los cuerpos, los cuerpos seguían viviendo en la memoria, la memoria estaba en las piedras talladas, había que quebrar las piedras para quebrar todo recuerdo. Y todas fueron quebradas, meticulosamente quebradas. Esas piedras que relucían con los trasfogeros y que inspiraban: «Este jabalí, hijo, me atacó en el pajonal de la laguna cuando yo pescaba roncaderas...». Estas historias las guarda el fuego, que las inspira haciendo flamear sus llamas en las pupilas de los adoradores del cuento. Y hay memorias pequeñas y ardientes como una brasa, y otras heroicas como la llama vertical, guerrera, y las hay pequeñas y alegres en el chisporroteo, y las otras, papá, que se conservan bajo las cenizas de los años, de tantos años, rescoldos y rescolditos que duermen. Pero no se apagan, Viejo. No.

Tal vez haya sido simultáneo. Mi entrada allá, la Palabra, tu palabra, acá. Pero eso de simultáneo está verde, no se entiende bien, no lo entiendo bien. Tocar la perilla de la luz (en aquellos territorios donde la perilla y la luz las

maneja el hombre) y que la luz se encienda, es simultáneo. Pero no. Parece que no. Que Einstein explicó que no, *y* agrandando el ejemplo, a la luz de una estrella que vemos (me refiero en términos teóricos, acá sólo 40 watts) ya le apretaron hace mucho la perilla del apagado. Y así todo. Uno escribe en presente, pero cuando esrampa el punto, ese punto *y* todo lo demás, incluyendo esto que estoy agregando y no puedo detener, ya es pasado. *Ergo*, el presente no existe. No tengo presente. Con lo simultáneo, igual. No tengo simultáneo. ¿Cuánto tiempo transcurre en el envío de una imagen? Digamos, si yo me proyecto con el pensamiento, si logro proyectarme, si eso fuera o si es, es posible, cuánto tiempo tarda esa imagen en recorrer la distancia de este nicho de frontera hasta el comedor donde se sentaron a comer mis viejos junto al silencioso. No lo sé. Pero tampoco proyecté un carajo, ni me proyecté. Se dio. Creo que se dio. Estoy seguro. Solo yo estoy seguro y a seguro lo llevaron preso. Toma nota.

Todo esto es muy loco, Viejo. Porque fíjate que hoy, para poder contarte lo que te cuento, a vos, que ya no estás o que estás donde esto no me lo oís o tal vez sí, tengo que contarte lo que se ha dado en llamar el entorno, mira bien, «entorno», donde fue oída, por mí, la Palabra, y que al alba comuniqué. Porque yo la comuniqué, tenía un interlocutor, que es hoy por hoy mi testigo.

Tuve un testigo, tengo un testigo. Y es el caso o era el caso que en el Otro Lado del Muro, no en el Más Allá del Muro, no, en el otro lado, digamos que pared por medio, habitaba otro astronauta en su nicho. Era El Habitante del Otro Lado, que tenía, como yo, sueños, silencio, dos metros por uno, fantasías y su otro habitante del otro —este— lado del muro, y con él tuya y mía, meta conversar, nadie sabía, nadie supo, como en aquella comedia, ¿te acordás?, que escuchábamos por radio, por la noche, en familia, única radio, comiendo bizcochitos de miel y tomando té, y aquella música con esa voz que alertaba «nadie supo, nadie sabe ni sabrá la verdad en el extraño caso de...», y ahí el título del episodio y la carcajada del Monje Loco, que era el narrador del caso; por eso te digo, esto es, como aquello, muy loco. Porque todo comenzó una noche de Navidad, anda llevando. Y fue que tanto uno como El Habitante del Otro Lado queríamos entrar en comunicación porque con nadie la teníamos —solo yo con vos pero eso no estaba muy claro—; pero hablar, lo que se dice hablar, con nadie, eso de «buen día», «cómo anda», «qué hay de nuevo», nada. Las palabras estaban herméticamente prohibidas, para siempre. Y fue en la Navidad, las voces del mundo exterior lo anunciaban, habían carneado el cordero y andaban en el «hay que adobarlo», y nosotros ahí en órbita, únicos habitantes del espacio, perdidos en el espacio donde encontrarse con un semejante, encontrar vida interestelar o de por aquí nomás, era, tanto o más que caminar por una vereda con sol. Hasta que arañaron la pared, digamos que la «medianera», y era el otro que quería, como yo, confirmar que nuestro planeta estaba habitado, y respondí arañando, y no teníamos más clave que las uñas, y fue cuando pasamos a los nudillos, bajito, golpe a golpe, para inventar un lenguaje, reinventando el morse, que no. conocíamos, y golpe a golpe, en grupitos los golpes, y un espacio de silencio como separación, fueron llegando las noticias de otro mundo, también habitado, había vida en otro planeta o

galaxia o constelación, o nebulosa más bien, y arranqué del muro una lasca de revoque y en el hormigón del piso fui anotando, y fue Navidad, Viejo, y la primera palabra tenía que ver, tenía que ver con la Navidad, y era de cajón (mira qué frase al pelo) que si deducía, descifraba la primera letra, al tanteo no más, sabría el resto y con ello, la clave, y fue nuestra piedra de la Rosetta, y así llegó el comienzo de largas proseadas, a partir del seis-cinco-diez-ocho-tres-ocho-cuatro-uno-cuatro, y es que a cada letra se le da tantos golpes como su ubicación en el alfabeto, donde la «f» está en el sexto lugar y así todo, por lo que 6-5-10-8-3-8-4-1-4 quiere decir, así como así, Viejo, era Navidad, no lo olvides, felicidad. «Felicidad». Y todo esto es del caso porque al alba, antes que el primer clarín de la sinfónica del silencio la anunciara, nosotros, entonces, ya alzados, madrugando al sol, como todos los días, todos los días infinitamente, nos saludábamos con nuestro redoble de nudillos, y esa vez lo hice sentar, porque se conversaba sentado, a piso, para esconder el puño de la mirilla, el brazo doblado hacia atrás y la mirada boba como quien no quiere la cosa, perdida en la pared frontera, y ahí fue que le dije «ayer estuvo el Viejo» y él entendió, no le dio por boludear con el «estás soñando», no, porque a él también lo venía a ver, y ahí fue que le dije, «el Viejo me dijo una palabra», «qué palabra», dijo, «una palabra», esta, y así fue cómo la palabra jamás dicha fue golpeada; y él, «qué es», y yo, «no sé», «¿es yiddish?», «no sé, no sé yiddish, yo qué sé»; y él, «¿qué puta quiere decir?», y yo, «eso sí, no sé qué es pero sé qué quiere decir»; y él, «dale», y yo le di, a lo Monje Loco, quiere decir:

«Moishe, qué haces ahí parado, sentate, come».

De la Palabra nunca más se supo. Pero su significado está ahí. La palabra por vos pronunciada, Viejo, al alba, tuvo su traducción simultánea en esa frase. Esa frase que, sin saberlo yo, vos habías pronunciado, no sé en qué grado de simultaneidad, porque las imágenes, los fantasmas, las proyecciones corporales en el espacio no sé qué puto tiempo llevan, no van por cable, son inalámbricos, pero sé que la dijiste porque vos me lo dijiste, en aquella visita; ya me habían dicho que estabas mejor, que no estabas bien, pero que ya estabas mejor, que tuviste alucinaciones visuales, que fue en el comedor del Hogar, que estabas con mamá y otro, el de los silencios, y que me viste, que me viste entrar abriendo las puertas vidriadas de par en par como *cowboy* en bar de *far west*, y te paraste, pálido, y que te enojaste con mamá porque ella no, no veía, y vos, «¿no lo ves?», y que yo buscaba, los buscaba, y vos que me hablaste pero no sabían que hablaste, y allí ahora el telón de la capucha se vuelve a levantar para los diez minutos de visita, y vos ahí, y como si nada, conversamos del encuentro del comedor; y yo, «me viste», «sí», dijiste, como lo más natural, lo más normal, porque al fin de cuentas fue natural, normal, casi de todo andar, «tenías el traje azul de tres botones pero no me veías, Moishe, buscabas y yo te dije». «¿Qué?», te pregunté. «Eso, ¿qué te iba a decir?»

«Moishe, qué haces ahí parado, sentáte, come».

La Palabra. La Palabra caldea, aramea, babilónica, hebrea, quería decir, dijo, en el mismo instante, en el instante simultáneo donde el tiempo corre por su cuenta y sin reloj, para mi padre en el comedor del asilo y para mí en el nicho, la Palabra, entonces, quiso decir y dijo que estemos donde estemos, Viejo,

nos estamos viendo.